

15-11-B-3

ARM. / 70

GRANDES Y CHICOS

SILUETAS ACADÉMICAS

ESCRITAS EN SU MAYOR PARTE

POR

LUIS DE ARMIÑÁN Y JOSÉ MARÍA MARÍN-BLÁZQUEZ

CON UN PRÓLOGO DE

SANTIAGO ALONSO DE VILLAPADIERNA



MADRID

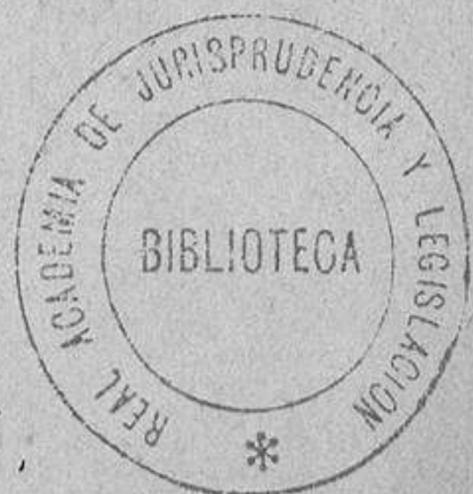
IMP. DE EVARISTO ODRIÓZOLA

Atocha, 100, principal.

1896

70

GRANDES Y CHICOS



2011

Grandes y Chicos.

SILUETAS ACADÉMICAS

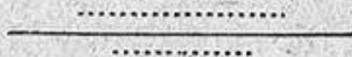
escritas en su mayor parte

POR

LUIS DE ARMIÑÁN Y JOSÉ MARÍA MARÍN-BLÁZQUEZ

CON UN PRÓLOGO DE

SANTIAGO ALONSO DE VILLAPADIERNA



MADRID
IMPRESA DE EVARISTO ODRIÓZOLA
Atocha, 100, principal.
1896

Esta obra es propiedad de sus
autores.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

PRÓLOGO DE UN CHICO... Á LOS GRANDES...

Estás lector frente á frente de unas verdaderas fotografías humanas.

Y no te imagines que empiezo así para iniciar el reclamo, porque bien se me alcanza que suelen, y hasta deben ser prohemios como el presente, estruendosa algarabía de adjetivos y alabanzas, lanzada con ímpetu á los vientos de la publicidad por las altisonantes trompas de la fama, para que bien extendido el ruido de los méritos que la obra contiene, alcance á los más torpes y perezosos oídos de los hoy escasos y rarísimos compradores de libros.

Este que á la vista se te ofrece, no necesita, créemelo, anuncios para su venta: porque, ó entrará en tu casa por las puertas de la comprometedora amistad, parienta consanguínea, en estos tiempos, del *sablazo*, traidor y solapado, sin que entienda agraviar así una obra que principalmente para la amistad se hizo, si quiera ésta pudiera convertirse en tal momento de madre cariñosa, en madrastra interesada y ladina; ó lo que es más seguro y será más frecuente, la pícara fragilidad humana que se goza mucho en escuchar la crítica—cuanto más mordaz, más sabrosa—de aquellos á quienes quiere y conoce, será estimulante en la curiosidad para satisfacer la misma, á trueque de un despilfarro del bolsillo.

Por **dos pesetas**, ¡cuántas cosas vas á conocer lector despiadado, que buscas en las ajenas vidas, regocijo

para la tuya, y que no páras mientes, acaso con inocencia de voluntad, en ser cómplice de uno de los más aterradores y frecuentes crímenes humanos, que consiste en la dulce tarea de divertirse y murmurar del prójimo!

El volumen que tienes en la mano, no lleva otro propósito.

Los Aristarcos que le escribieron, no pensaron que fuesen las actuales semblanzas cuadros de empeño, pinturas perfectas y acabadas en que á las veces, quien les da colorido y relieve, busca con preferencia el brillo y nombre propio, mediante el estilo artístico de su genial dibujo, á la verdad exacta, que reclama una fisonomía, quizá prosáica y dura, la cual exige, si ha de ser conocida, la aterradora impureza del original en la fidelidad de la limitada reproducción.

Por eso dije al principio, que las semblanzas eran simplemente unas fotografías; y más bien puedo rectificar que constituyen reducidas pero magníficas caricaturas. Predomina en éstas un rasgo que distingue al agraviado; abúltase el natural defecto; sorpréndese al individuo en un momento de descuido; recógese lo que bien disfrazado trata de ocultarse; lo que todo el mundo ve y nadie adivina hasta darse cuenta de que, efectivamente, el sujeto retratado, es tal y como á nuestros ojos la caricatura lo manifiesta, con la nariz abultada ó el gesto contraído de un entrecejo, ó el pliegue burlón del labio, ó las orejas próximas á encontrarse en el infinito... algo en fin que sea el rasgo, lo saliente, lo característico, lo *típico*, digámoslo ya, de nuestro amigo.

La difícil facilidad de dar en el clavo, que debe ser mucha en el oficio de herrador, atendido el adagio, es acaso la única, pero casi inaccesible dificultad del crítico: no basta á éste dar á golpe y porrazo, sino que le es preciso pegar, sí, pero pegar bien y con muchísimo acierto.

No penséis, pues, y de ello habrá de convencerse

prontamente el que concluya el libro,—que con evidencia puedo afirmar será todo el que lo coja—que trataron sus autores tan sólo, de poner en ridículo y mofa á los *personajes* que á escena sacaron; más si notaréis en seguida que no trazaron aquellas líneas graves y severas de un arte clásico, ni rindieron un culto absoluto al Dios de la formalidad, el cual, por ignorar si existe, no le cito como alarde de erudición. No buscaron al orador, por regla general, en aquellas salas amplias, majestuosas, frías de las discusiones científicas: no le hacen desfilas ante vosotros vistiendo la negra y correctísima levita, abrochada con estudiado amaneramiento, y llevándose á la boca, como recurso oratorio, la tallada copa de agua *con azucarillo*, privilegio especial que una tradición rumbosa de la casa concede únicamente á los *primates* y *demóstenes* académicos: no vienen los autores tampoco á caza de gazapos literarios ó jurídicos para señalar con petulante erudición, palmeta en mano, las reglas de un discurso, ó los méritos de un Abogado... Nada de eso ambicionan los en apariencia modestos autores de este libro.

¡Sabéis de dónde recogieron, estoy ciertísimo, Armiñán y Marín Blázquez los materiales de su obra? Pues de la oficina del competente, simpático y trabajador Julio. Allí hay más luz, más calor, más verdad, más vida que en las salas de sesiones; respírase en éstas la atmósfera serena de la ciencia, y si cruza á veces el rayo de tempestad de las Juntas generales, es fugaz y rápido, como meteoro que huyera de cielo tan puro y tan limpio... La electricidad acumulada, comprimida, podría decir, de las discusiones de abajo, sube y estalla con impetu en aquel pequeño saloncito de conferencias de nuestra Real Academia.

El despacho del Oficial de Secretaría y Biblioteca es... *el mentidero de la casa*.

¡Quién dirá que en aquella oficina, archivo de una tradición gloriosa, centro de actividades científicas,

VIII

desde donde irradian importantes relaciones internacionales, reflejo oficial de un movimiento jurídico constante y poderoso, mientras se transcriben las luminosas actas y corren los ceremoniosos oficios y se extienden los codiciados títulos y diplomas, conviértese tal aposento, no por arte de magia, sino por natural inclinación de raza y espontáneo desahogo de temperamento, sobre todo, al caer la tarde, en chispeante tertulia unas veces, donde salta el chiste ó se comenta un suceso ó se destroza un carácter, y, en ocasiones, lugar siniestro, en el cual se forjan las tempestades de censura, maquiavélico taller de proposiciones amenazadoras donde se afilan las punzantes armas y se ensayan ó estudian las reglas de la estrategia y la balística, para dirigir más tarde los proyectiles, con impulsos denodados, hacia la infeliz Junta de Gobierno, que, ajena á los aprestos de aquel antro masónico y no teniendo otro fin que el cumplimiento de su deber, sin mayoría viva que guarde sus espaldas, déjase arrollar por el poder de las masas del elemento joven, ruda oposición, apretada y gozosa, que se frota las manos, radiante de alegría, al estallar en las Juntas generales las injuriosas pero crueles combinaciones, maravillosa y premeditadamente dispuestas...!

Grandes y chicos, titularon los autores la obra que escribieron.

No precisamente porque buscaran la línea de la estatura en el nivel de los méritos, convenciéndome de que no fué éste el escogido para apreciar aquellas diferencias dos razones, á cual más poderosas: la primera, que entonces el pequeño liliputiense que escribe el prólogo, á pesar de los favores que se dice las hadas le otorgaron, según el adulador y *embustero* juicio de mis cronistas, nunca fuera digno de llegar al sitio donde se elevaron sus compañeros, y desapareciendo entre to-

dos, como *el más chico*, jamás se le hubiera podido ver al lado de tantos tan crecidos por sus envidiables condiciones y singularísimas dotes; y es otro motivo que, fuera de la anterior excepción, la que á la vista salta, todos los demás reseñados en las semblanzas, alcanzan por igual el mismo tamaño, compensándose su legítimo valor moral con el justo equilibrio que en sus particulares circunstancias aparece. Tan sólo, es verdad, una figura respetable al frente de las páginas domina por cima de los demás biografiados, queriendo así los autores que honrara esta publicación, como brillante entrada á la galería de siluetas, el nombre ilustre del eximio Presidente de la Academia, rindiéndole legítimo homenaje de admiración, cariño y respeto.

Y dirá el lector: siendo todos iguales, ¿por qué Armiñán y Marín Blázquez denominaron su libro *Grandes y chicos*? ¿Establecieron *castas*? ¿En dónde encontraron fundamento para tan *irritante* título?

No hay que dudarlo, en la medida del tiempo, en el triste privilegio ¡ay! que separa al *elemento viejo*, aquel que se halla en

..... la bárbara agonía
del que quiere evitar lo inevitable,

persiguiéndole abrumadores, contra su voluntad, los años y repitiéndose de antiguo sus nombres, con monotonía implacable, en la descarada lista de Secretaría, de aquel otro *elemento joven*, recién venido de la Universidad, ébrio de entusiasmos, ganoso de fama y pletórico de energías.

Los *grandes*, no son más grandes en el talento ni más poderosos por el saber; los *chicos*, no son menos pequeños en inteligencia ni menos menudos en la intención... Los bautizados como grandes, no tienen otra superior cantidad sobre los apellidados chicos, que una mayor suma de años, carga pesada que con gusto abandonarían los que la soportan sin escrúpulos y hasta sin alar-

des de modestia... así, unos y otros, iguales en el mérito, son también idénticos ante el respeto y el afecto que á los imparciales autores de sus semblanzas les merecen.

.....
 A la última clasificación, pertenecen Armiñán y Marín Blázquez.

Son *chicos*, lector, sólo por sus años.

Armiñán nació en la Academia casi por *generación espontánea*.

Su popularidad la engendró una interrupción. Podrís verle siempre subido en las alturas de los últimos bancos del salón de sesiones: jamás baja de su asiento; le gusta *dominar la situación*. Tiene ya marcado sitio: junto á la puerta de entrada para buscar la *salida*... cosa que no suele faltarle nunca.

Recuerdo cómo le conocí.

Aquella cabeza nerviosa, morena, burlona por retórica, pero impetuosa por temperamento, asomaba entre el cuello de un deslumbrador gabán de pieles, siempre levantado para tomarle *el pelo*... á sus amigos, (si se permitieran alusiones personales alguno aquí pediría la palabra...) La *sinceridad* le mueve como un resorte; por ella ataca, hiere, acrimina, persigue, mata á los que dice que más quiere; yo, sin embargo, me atrevo á afirmar que la palabreja la tiene como un programa de... *partido*. Claro que al hacer yo esta *gracia* me refiero al terreno académico, porque en el de la amistad, es Armiñán de los más apasionados, leales y sinceros amigos.

Pero en la Academia, Armiñán es de mucho cuidado, ¡ah! y además es un *regenerador vital*—así se anuncia—de la vida corporativa; pero también me inclino á creer que este anuncio es sólo para su *negocio*; quizá se la haya inspirado la cuarta plana de *La Correspondencia*.

Peor para los académicos estériles...

Armiñán no lo es.

Ha producido en poco tiempo dos ó tres votos de censura, escisiones sangrientas, una lluvia de disgustos y algo más: un chaparrón de interrupciones: un diluvio de chistes; varias proposiciones nuevas; alguna dimisión... muchos proyectos superiores, realizables unos é irrealizables otros, porque tiene sus deijos de soñador y romántico: bastantes discursos científicos y una preciosísima memoria acerca del *Problema cubano*, que por cierto, retrata su carácter. Múestrase en ella también sincero: reniega de la política colonial inglesa y canta un himno á la española, mas á seguida afirma que la mala administración colonial de España debe cambiarse, otorgando á Cuba la autonomía: se dice muy español y busca las ventajas para su colonia aunque se hunda la metrópoli: hay que advertir que Armiñán es cubano. ¡Veis cómo además es de cuidado, á pesar, mejor dicho, por su muchísima inteligencia?...

¡Qué tranquilo, por el contrario, Marín Blázquez! Tiene un aspecto reposado; asoma el carmín á su rostro cuando se le habla como salen sus palabras de color de rosa entre los labios de grana: es guapo, distinguido, cortés, muy instruido. También es un productor excelente. La memoria relativa á «La intervención civil en el matrimonio,» dió mucho juego. Se halla entre el elemento joven, pues por la edad, es un niño; más la sangre le tira á los viejos. ¡Con qué gusto fué en dos ó tres comisiones muy solemnes á casa del Presidente!...

Dársela de formalote, de conciliador, de sensato, no es forzar su natural. Dios le concedió talento y buena pasta, y ¡qué le va hacer?

Armiñán y Marín Blázquez forman un matrimonio completo. Armiñán, es más enérgico; Marín, es más sensible; Armiñán, destroza; Marín, arregla; Armiñán, hiere; Marín, cura; el uno son los nervios, el otro la linfa; Marín pertenece á la *Congregación de San Luis*, y Armiñán, de seguro que no forma parte de la misma;

artístico y cuidadoso, es el peinado de Marín; encrespados, rebeldes, duros, los cabellos de Armiñán; da Marín la mano, y hace una caricia; aprieta Armiñán los dedos, y rompe las falanges. Todo es cuestión de carácter y temperamento: en el corazón y en el cerebro, ambos son iguales, pues á los dos les rebosa la bondad en el primero, y las ideas en el segundo.

Leed, sin embargo, con reposo las semblanzas, y veréis en seguida al uno ó al otro, adivinando quién escribió cada cual. Si el estilo es el hombre, cuando os gocéis en el aroma de una flor, aspiradla con deleite, la puso Marín: si os pincha una espina, separad la mano; la colocó Armiñán.

Entre aquéllas, entre las semblanzas, brotan algunas de especie poética: éstas son debidas á colaboradores anónimos; vates académicos que abandonaron las Pandectas y se abrazaron á la lira. ¡Tampoco son flojillas los cuerdas de Pindaro y Tirteo!...

.....

 Termino este proemio, y quiero acabarle con una frase de relumbrón. Perdone el lector la pedantería; más si no lo hago así, ¿en dónde está mi autoridad de prologuista?

Nada mejor que repetiros el mérito y la influencia de esta obra para nuestra querida Academia, concluyendo con aquella célebre frase de Cormenin:

Pintar los oradores, es escribir la Historia.

SANTIAGO ALONSO DE VILLAPADIERNA.

Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon

Al poner la pluma sobre el papel para trazar la silueta del ilustre Presidente de la Academia de Jurisprudencia, nos sentimos dominados por el temor de no acertar, por falta de condiciones intelectuales, con lo que debiera ser la silueta del insigne Pidal.

Conocidísimo en nuestro país, de cuya política es un glorioso veterano, no debe á esto sólo el haber llegado al alto honor de ser Presidente de la Real Academia de Jurisprudencia; muchos y muy valiosos han sido los servicios por él prestados á la patria y á la monarquía; gloriosa es su carrera como hombre de estado; brillantísimos sus triunfos en el parlamento, del cual es una de las palabras más ardientes y más bellas; pero además de todas esas condiciones que han hecho que su personalidad se destaque con marcadísimo relieve, Pidal es algo más; Pidal es un filósofo de copiosa ciencia y de pensamientos altos, sociólogo profundo, jurisconsulto eminente, dado el que por tal se debe tener á aquel que ahonda en los más intrincados problemas del Derecho, ciencia que para él es conocida, por aquello de que á inteligencias como la suya, las oscuridades de la ciencia conviértense por poderoso esfuerzo del cerebro, en claras luces de aurora.

Unid á esas condiciones, un alma creyente, sencilla y honrada, con los amores de un romántico, y con todas las cualidades de un artista, y tendréis emborronada la silueta del digno Presidente de la Academia.

Desde las oscuridades de mi nulidad, sin más objeto que afirmar lo que es público, yo he dicho todo eso, sin que nadie pueda tildarme de que la lisonja ha mojado mi pluma; el recuerdo de Pidal, será siempre gratisimo en esta casa, en la cual deja la huella de su paso, como inteligencia y como hombre de buena voluntad, á quien se podrá en algún caso discutir como pensador, pero al que es imposible negar los méritos y las virtudes más eximias.



Juan Dagas

Llamarse Juan Dagas, es llamarse lo que se es; el lector que no le recuerde, al oír nombre y apellido, lo adivinará por intuición.

Bondad casi angélica, franqueza casi campesina. Catalán de la montaña: su tipo es el de un señorito de Pereda.

Varonil y hercúlea la figura, de facciones acentuadas, mucho pómulo, nariz pronunciada y altiva, ojos francos y expresivos.

Habla traduciendo penosamente el catalán, pero cada vez acusa su palabra más dominio, y es seguro que llegará á *decir* fácilmente el castellano.

Las ideas de Dagas son firmes como las rocas en que nació, y en su cabeza bullen las generosidades, las utopías y los radicalismos, que es un primor.

Se siente republicano, casi socialista, y cuando se le nombra la reacción, sus ojos se inyectan de sangre, y el feroz montañés sería capaz de colgar cien frailes del primer farol.

Dagas piensa con una claridad que acusa para el porvenir, un abogado hábil y con *recursos* que dejará bien puesto el pabellón de las barras de sangre.

En aquellas agrestes peñas donde nació, no se

comprenden los términos medios. O se es un secretario de Savals, ó por el contrario, se es un petrolero insaciable... ¡ah! cómo se amorriña el bueno de Dagas cuando recuerda sus enmarañados pinares, sus praderas siempre lozanas, sus peñas y su masía...

Madrid, superficial y engañoso, pulcro, embustero y vicioso, no le acaba de entrar, y no me equivoco, cuando afirmo que el montañés añora á su inolvidable Puigcerdá.

En la Academia... poco puede decirse de él, modesto, retraído; yo creo que si interviene en algunas discusiones, débese á Campillo, ese provincianito *amadriñado* que le mortifica y le hace rabiar continuamente.

Cuando Campillo habla con mansedumbre casi evangélica, y con aire entre frailuno y doctoral, abominando de los liberales y fustigando implacable á los panteístas, á los positivistas y á todos los acabados en istas, Dagas se revuelve airado en el asiento, y sus interrupciones y sus apóstrofes tocan á veces el límite de lo permitido.

Si le fuera posible, estrujaría entre sus dedazos la figurita de estampa francesa del precioso Campillo; y si no lo hace, es porque comprende que las ideas son todas ellas dignas de respetos y consideraciones.
,
 Juan, es necesario comprimirse.



Juan García

García debe ser un sabio; digo debe ser, porque yo positivamente no puedo afirmar que lo sea. Su modestia ha huido de hacernos esa revelación... yo, sin embargo, la espero.

Hace cuatro ó cinco años va por mañana y tarde á la Biblioteca de la Academia, y no sale de ella hasta que no apagan las luces.

Indudablemente el día en que meta su cuchara, va á quitar muchísimos moños en la casa. Esperando su *debut*, nos atrevemos á suplicar al simpático académico que se decida... porque al paso que va, no llegará nunca el felice día.



Adolfo Pons

¡Pobre Pons, qué desgraciadito va á ser en este pícaro mundo!

¡Cuántos disgustos le ha de proporcionar su absoluta confianza en sí misma y su gran valor!

El chico no tiene toda la culpa de lo que le pasa; mucha hay que cargársela á sus amigos, que le hicieron crecerse, sin calcular lo mal preparado que estaba el *organismo*... lo han *encanijáo*.

La gran culpable es la pícara elocuencia... ¡tanto repetirle que habla mejor que Castelar...!

Se expresa muy bien: palabra fácil y correcta, de esas que con la velocidad no pierden en pureza, las primeras veces que se le oye, sobre todo la primera, Pons resulta, porque la facilidad con que habla disimula todo lo demás.

De cien palabras le sacáis una idea, y esa no es suya, ni siquiera comprada en tienda de lujo... nada de eso... es siempre adquirida de lance.

Para él todo es teatro: los que le oyen son los espectadores; él es el artista, y sus recursos... ¡ah! sus recursos son una porción de cosas divinas y humanas... Las oraciones que balbuceábamos de niños y que nos repetía nuestra bondadosa madre... La nostalgia que siente el pobre soldado, allá lejos de la bendecida Patria... La bandera roja.

y amarilla que flamea victoriosa acariciada por la gloria...

Los efectos los busca, aterciopelando el timbre chillón de su voz, agitándose en el banco como un poseído, levantando los ojos casi húmedos hacia el cielo raso de la *casa*.

Y siempre lo mismo, todavía no se le ha visto discutir en tono familiar, sin énfasis y sin posturas...

La figura no le acompaña; es pequeñaco y feillo, la voz tampoco; es áspera, aflautada, y en su garganta duerme un gallinero.

En su trato particular, es cortés, atento y afable; su afición á hacer chistes, le enajena muchas simpatías; pero tratándole, se convence uno de que no lo hace por malo, sino obedeciendo á su temperamento.

En la Academia se le ve mucho, asiste con asiduidad á las secciones, y por sus cosas, ha conseguido salir del *montón*.

Yo he hecho esta silueta, poniendo las cosas en su punto, porque comprendo que á chicos como él tan revoltosos y tan precoces, no se les debe dejar ir solos á la escuela, ni tampoco darles dinero, porque se lo gastan en tabaco.

Nada, Pons, mucho aceite de hígado de Biblioteca, menos jarabe de pico, más reposo, y usted llegará sin chichones ni descalabraduras.



Valero Díaz Fernández

La originalidad es una cualidad difícilísima de poseer, porque para ser original, es necesario tener mucho talento y vivo ingenio. Esto debería tener siempre presente el bueno de Valero Díaz (D. Fernández.)

La primera noche que yo le oí interviniendo en una discusión entablada en una de las Secciones, recuerdo que la impresión que causó en todos los que le oíamos, fué una impresión sumamente agradable. De palabra pintoresca y fácil, é intencionado en las ideas, y cáustico en sus epigramas, todo el mundo se congratuló al oírle, y se vió casi casi dibujarse una esperanza.

El deseo de aparecer original, le hizo volver á la carga uno y otro día exagerando la nota, hasta tocar en los límites, en los cuales empieza lo vulgar.

Todo por su dichosa manía.

Amigo Valero, hay que conocer cuando se deleita y cuando se cansa; cuando se es oportuno, y cuando no se es.

Fíjese su señoría en el *abuelo* Ubeda; éste dice todo lo que quiere y como quiere, y á pesar de que su palabra tiene la monotonía de la lluvia, á Ubeda siempre se le aplaude y siempre se le *ríe*.

Valero tiene una muletilla espiritual y muy su-

ya; cuando termina un párrafo, él mismo se lo califica de bueno, y muchas veces no lo es...

Valero, lea usted mucho; abandone la nota original, y no olvide que Voltaire decía que en ciertos casos y para ciertas cosas, las carcajadas y las burlas resultan fúnebres.



Antonio Goicoechea

Vamos á ver si nos sale el parrafito.
En esos hermosos días en que la primavera se anticipa, el sol con sus túbios rayos abre los botoncitos en los tempranos almendros, y suele suceder que el seductor, una vez apurados los perfumes, retírase prudentemente por el foro, y la escarcha se encarga de helar en sus broches á las claras florecillas que mueren abandonadas y tísicas como cualquier Margarita; más ó menos auténtica, sin otro fruto que el desengaño producido por una juventud rápida y brillante...

Goicoechea es una de esas florecillas; tempranamente se abrió á las caricias de la vida, y no olvide el simpático y casi imberbe muchacho, que la Academia que le acaricia y que le sugestiona, es un sol que á veces se obscurece retirando sus aplausos y sus calores, y entonces, ¡ay! se muere triste y lastimosamente. Pons, que tan amigo suyo es, debiera con sus tijeras envidiables recortar las ilusiones del simpático y estudioso D. Antonio, moderando los entusiasmos y conteniendo las ambiciones de su Athos inseparable.

Goicoechea, como el noble conde de la Fere, se lanza á las más altas y disparatadas empresas; todo cuanto ve le parece poco, y en su afán de llegar,

trabaja como un héroe para conseguir el triunfo.

Apenas hace un mes que su cariñosa familia le dotó de levita, frac y demás prendas mayores, cuando mi buen Goicoechea, viéndose con ropa negra, se cree con derecho á ir á todas partes.

Lo mismo que con la ropa, le sucede á Antoñito con la ciencia; recién salido de las aulas, llena de Spencers y de Garofalos la cabeza, el hombre pide alternancia (como diría Clarín) á toda costa, y en sus conferencias y discursos, memorias y trabajos, fluye inagotable esa ciencia nuevecita que huele horrorosamente á Colonia barata y á jabón de los Príncipes del Congo.

¡Edad primaveral y rosada que atraviesan todos los que como él valen, y que el vulgo ha calificado atinadamente cuando la llama del pavo!

El sarampión de la ciencia; ¡cuán pocos se libran de él!



Tomás Vélez Ayuso

En la Universidad, pocos, muy pocos le pusieron el pie delante.

D. Julián Pastor, si viviera, podría testificar cómo estudiaba el amigo Vélez: sus compañeros le llamábamos el Espíritu Santo, porque Vélez apuntaba admirablemente.

Fuera de la Universidad, ha demostrado la cuadratura del círculo; esto es, que cuando se estudia y se tiene talento, se puede andar solo por el mundo, sin más escapularios, credenciales ni padrinos, que un modesto titulejo de Licenciado en Leyes.

En la Academia, nada, pagará su cuota de numerario por los siglos de los siglos...

Pocos saben en la casa quién es Vélez; al verle sentado en los bancos de las secciones, silencioso y resignado, aguantando impávido la lluvia de disparates y de gazapos, puede que algún *gótico*, de esos del Renacimiento, lo mire con olímpico desdén... ¡y sin embargo, si supieran lo que por el forro se ríe el bueno de D. Tomás!

D. Tomás, por Dios, levántese usted algún día, y reparta entre los niños algunos caponcitos...



Félix Benitez de Lugo

Canario. Muchacho de abolengo ilustre.

Es un holandés que canta con gracia y trina con muchísimo aquél.

Hace muy poco que empieza á moverse en la casa, y es evidente, que cuando conozca el tablado, será uno de los bailarines más aplaudidos. Habla bien y sortea con gran habilidad las dificultades más espinosas. Sería un gran redactor del *Demi-Monde*: nadie como él para contar cosas dificultosas de su vida profesional, y si no acordaros de aquella demanda de divorcio...

Tiene unos ojitos chiquitines brillantísimos, que, según aseguran, le han dado fama de pillín.

En la Academia no ha hecho el amor á nada, ni siquiera á una mísera secretaria de sección.



Federico Anel y Antía

Federico Anel es un *spormant* que pone en el vestir el mismo cuidado que en todo lo demás; Anel consulta á su sastre tanto como á Alcubilla, y de ahí que resulte tan *spormant* como letrado.

Cortesano y muy afable, sus amigos son muchos, y sus enemigos muy pocos.

En la Academia, sus trabajos han sido más administrativos que jurídicos, y sus ideas, no se puede le negar, que están llenas de *sprit*: cosas de Anel, dice todo el mundo, cuando las conoce, y á nadie se le pasaría lo que á él se le aplaude. Anel hace falta en la Academia, y por esta razón, y por otras más, sus amigos no le han dejado irse cuando por sus tiquis miquis ha querido hacerlo.

Yo le diría á Anel varias cosas que le aprovecharían, si no temiera tropezar con el vidrio de su carácter; pero aún así, una sola y no canso más, amigo mío.

Calderón no tiene la culpa de que á usted no le crezca el bigote. ¡Así como usted lo oye D. Federico!



Juan José Serrano y Carmona

Cuentan que este académico novato, á la Academia vino con gran brío, haciendo alarde de muchacho impío para hablar con horror del celibato.

Y que echando las cosas á barato se ocupaba de Dios con tal desvío, que hasta á Davara le produjo frío su absoluta carencia de recato.

Le combatió Goyena fuertemente, con la voz y energía de un cristiano; asustóse *de veras* mucha gente;

apareció Serrano hecho un valiente, soltó un discurso, levantó la mano, y se fué por el foro humildemente.



D. Estéban Crespi de Valldaura

Prepárense ustedes á saber con resignación todo lo que puede ser un hombre á la temprana edad de veinticinco años.

El Excmo. Sr. D. Estéban Crespi de Valldaura y Fortuny, conde de Orgaz, de Sumacárcel, marqués de la Vega de Boecillo, conde de Castrillo, Grande de España de primera clase. Licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras, doctor en ambas facultades. Académico profesor de la de Jurisprudencia y Legislación, diputado á Cortes, Presidente de la *Congregación* y Círculo patronato, Patronato de Nuestra Señora del Buen Consejo y San Luis Gonzága, individuo del Consejo Central de los círculos católicos de obreros. Miembro de la Pontificia y Real *Congregación* de la Purísima *Concepción*, establecida canónicamente en San José (bajo los auspicios de S. Rolland); etc., etc., etc.

Todo eso, así como se lee: es el ilustre y nunca como se debe bien titulado académico.

Vino á la Academia, y la primera noche que habló en una de las sesiones, fué para decir con arrogante tono, que hubiera envidiado el gran duque de Alba: «Yo el conde de Orgaz.» La Academia no le comprendió, y fué una lástima, porque el señor conde vale muchísimo según dicen. Orgaz volverá

por la casa á probar que se puede ser muy noble y tener capacidad é ilustración; vendrá á ocupar un puesto digno de sus cualidades y de sus honrosos timbres.

Entretanto, nosotros le saludamos cariñosamente, suplicando al ilustre académico que no se olvide de la Academia, porque en ella, me consta, que se le quiere bien.



Carlos Zumárraga

¿Quién es Zumárraga?

Meditemos...

Unos dicen que es relator habilitado de la Audiencia de esta Corte... y además, gamacista, también habilitado...

Es Presidente de una de las secciones de la Academia...

Zumárraga tiene en la Academia una historia de triunfos...

Habla, sí; en los debates científicos... en los *otros* su elocuencia es, la elocuencia del silencio...

Asíduo á la casa, presencia todas las discusiones particulares, interviniendo muy poco en ellas...

Es muy prudente, como Juan Carranza el de la fábula...

Representa entre la juventud académica, el elemento serio...

De Zumárraga, no podrá, sin injusticia decirse, que sea como tantos otros, un «niño gótico» de la Academia...

No se le conocen aficiones... como no sean las puramente «profesionales.»

Es personificación de la humildad, de la modestia, de la cortesía y del buen sentido.

Es muchacho de grandes simpatías en la casa, porque no le da por presumir de listo.

Por eso es Presidente de la sección de Derecho Canónico, y por eso sus amigos le llevarán á puestos de más significación.

Cuando se bosqueja la silueta de un chico así, la pluma descansa satisfecha de no tener que *quitar hierro...* porque ¡son tantos los *moñosos*, los empalagosos y los cursis...!



Guillermo Benito Rolland

Decir algo de Rolland, algo nuevo y que lo dé á conocer, es punto menos que imposible é innecesario, porque... ¡es tan conocido dentro y fuera de la Academia!

Sin embargo, ocuparnos directa ó indirectamente de nuestra Corporación y no hablar de Rolland, es muy difícil; porque su vida y la vida de la Academia están íntimamente unidas desde hace muchos años.

El que no trate á Rolland, creerá que ha cambiado, y se equivoca completamente. Rolland, con relación á la Academia, es como la pirámide de Egipto con relación al tiempo.

Pasan los siglos y las generaciones, y la pirámide permanece inmovible; sucede una generación académica á otra, y Rolland continúa siendo siempre el alma y la vida de esta Casa. A Rolland se deben casi todas las grandes iniciativas que han dado un feliz resultado para los intereses de la Academia; sin Rolland no se explica que pueda llevarse á la realización ningún proyecto.

Posee Rolland una inteligencia y un criterio práctico tan singulares, que después de concebir una idea la convierte en hecho, sin que el menor detalle escape á su acreditada previsión.

Pensó en los académicos vivos, y en su beneficio efectuó cuanto en su mano estuvo; pero Rolland no creyó completa su obra, pensó en los muertos y se revelaron sus piadosos sentimientos en la erección canónica de la Pontificia y Real Congregación de la Purísima Concepción, constituida por individuos de la Academia y por sus parientes próximos.

Hay que ver á Rolland en una gran solemnidad; si es de la Academia, todo lo dirige, todo lo ordena, á todo atiende; si es de la Congregación, acude algunas horas antes al local donde la Asociación religiosa guarda sus efectos, inspecciona los estandartes, los cetros y llega su celo á corregir personalmente los defectos que nota en los atavíos de los acólitos y ujieres. Después Rolland se extasía, desde un lugar apartado, en la contemp'ación de su obra; pregunta su opinión á cuantas personas encuentra y como ésta es siempre favorable, se regocija interior y exteriormente y se manifiesta el colmo de su satisfacción en sus frecuentes estremecimientos nerviosos y en su constante sonrisa.

No hay quien como Rolland celebre los sucesos prósperos para la Academia ni quien como él, se apene por lo que pueda considerarse como perjudicial.

Visitad á Rolland á cualquier hora, sorprendedle en el momento en que se halle más engolfado en sus múltiples asuntos, habladle de la Academia y veréis que pronto lo abandona todo y elude cualquier ocupación que pueda distraerle para dedicarnos su atención en absoluto.

Algunos dirán: ¿Por qué no visita Rolland esta

casa, que tanto quiere, con la frecuencia de antes? ¿Es que nos ha olvidado?

De ningún modo, Rolland visitó cada día á la Academia, su Dulcinea, hasta que logró ser objeto de sus amores; pero hoy, seguro de su fidelidad, lucha en otras esferas, y tal vez pronto peleará en más altas regiones para conseguir todo cuanto le sea posible, á fin de obtener el engrandecimiento de la que siempre fué, es y será, la dama de sus amores.

Por otra parte, Rolland ha servido á la Academia en el sentido en que ésta ha necesitado su apoyo, en su infancia, en su juventud y en su edad madura; por eso Rolland, que antes fué su nodriza y su niñera, es hoy lo que pudiéramos llamar y lo que alguno le ha llamado: el *ama seca* de la Academia.



Ricardo Spotorno

¿Se puede?

Adelante.

—Tengo el honor de presentar en esta *galería* la silueta de un académico que vale mucho más de lo que se figuran muchos.

—¿Quién es?

—Ricardo Spotorno, (con *s* líquida, como dice Taboada.)

—Sí; el apellido nos suena, pero en la casa es poco conocido ese señor.

—Efectivamente, la característica de mi *silueta* es la afición á no hacer nada, por eso no lo conocen ustedes mucho... Sin embargo, ¿no recuerdan los *señores* á un muchachón gordo, rubicundo como el papá Apolo, con unos colores hermosísimos?...

—Permítame que le interrumpa: sí, sí; aquel que contó una noche en Junta general un cuento saladísimo... ¿es ese?

—El mismo que viste (por cierto muy bien) y calza (muchísimos puntos.)

—Y, diga usted porque me voy interesando. ¿Vale? ¿Vale Spotorno?—¡Que si vale!... Ya se lo he dicho: mucho, y de él sí que, sin necesidad de acudir al bombo, se pueden decir buenas cosas. Lean esta fisonomía íntima y digan...

Talento, bastante. Percepción, rapidísima. Cul-

tura, bastante también, y eso que no la que pudiera, porque puede mucho más.

Gusto, delicado, fuera de lo vulgar... ¡Como que tiene la monomanía de lo clásico!

Chifladuras: la de Lope de Vega y las de Menéndez Pelayo. Éste le hizo conocer á aquél, y yo creo que aquél á éste. Dicen también que por hacer lo que no ve, en el Ateneo habla de Gayo y en la Academia de Lope...

Ideas... ¡Ah, quién las sabe!... Quizás la anarquía...—Pero hombre, ¿qué me dice usted?...—No; no hay que asustarse, sus ideas son completamente *fin de siglo*. Es un radical blanco. Neocatólico puro: á veces (sólo con algunos amigos y en confianza) es amargo como un ideólogo alemán; sus pesimismo los ha encontrado en los Evangelios, y no cree en nada... como no sea en la divinidad de Jesús... Yo se lo he oído varias veces, de tejas abajo no cree en nada, así... Así como suena.

—¡Lástima que un muchacho *así* no vaya más por la Academia! Por qué...

—Sí, ya sé lo que va usted á decir, hacen falta algunos Spotornos en la casa... Es verdad, si *así* fuera, *Gedeón* no nos tomaría el pelo, como lo hace. Nada, nada; hay que trabajar porque se coloque en condiciones para hacerlo Presidente de una Sección... y aún sin miedo de quedar mal le daba yo mi voto para Secretario...

—Hombre, hombre, me resulta usted muy spotorniano; ya sabe usted que en ese puesto hace falta actividad, actividad y actividad.

—Tiene usted razón; no sirve para eso, porque la poca que tiene la emplea mal... digo, bien... digo...

—¿En qué la emplea?

—Pues ahí verá usted, cosas de los hombres... Es *Pelayano* hasta en eso... por más que yo creo que...

—¿Con que las mata callando?... —¡Y tan callando!...



Luis Villaisoto

¿Que quién es Villaisoto? ¿No le conocéis? ¡Parece mentira, porque el chico se *intercala!*

Es... la viñeta obligada en todos los textos que pudieran formarse con las mil y mil palabras, que se pronuncian durante el día en las tertulias académicas.

Es republicano de los de enmedio (vulgo centralistas), ama la justicia, daría su vida por la justicia, escribe (?) en *La Justicia* y hasta sufre persecución por la justicia.

A pesar de sus aficiones democráticas usa, con frecuencia, sombrero de copa seminuevo, y ha llegado á defender la causa de un título de Castilla, en contra de un exministro; pero, ¡oh, desdicha! le salió el tiro por la recámara.

De Villaisoto no puede decirse que vale, pero puede valer; habla fácilmente, aunque tiene la costumbre de hacer chocar los dedos de la mano derecha cual si fuesen castañuelas; esto, que lo hace cuando quiere llamar la atención, ha dado motivo para que sus amigos digan que es un académico que *se jalea* los discursos.

Villaisoto se ha constituido en cronista de la casa, y á veces sus escritos suenan á parche y metal, y es cosa sabida que por ese camino han llegado

muchos á hacer su carrera. ¿La hará él? No sabemos que lo pretenda.

Ha conseguido dominar las ciencias jurídicas por intuición, como puede acreditarlo la sección cuarta. Toma muchas notas en las sesiones públicas; pero, según dicen algunos, entre lo que ocurre en los debates y lo que aparece en el órgano de Salmerón, media un abismo.

No pueden ponerse en duda los generales conocimientos de D. Luis, á pesar de los que no ha llegado á averiguar todavía, qué se hizo de los infantes de Aragón.

Ya conocéis á Villaisoto.



José García Acuña

Guapo, redicho y vicecónsul.

Acuña ha hablado en la Academia de la mar y del cosmos, de los astros y de la Apocalipsis.

Nacido en Galicia, de padres americanos, es el misto más salado que puede uno imaginarse.

Tiene del gallego la dulce y tristonada gaita, y el *güiro* se lo ha traído de su Cubita adorada, de todo lo cual resulta una música alemana de difícilísima asimilación.

De ideas que asustarán, de puro radicales, al propio D. Manuel Becerra; ni las oculta, ni tampoco hace gala de ellas; cuando viene á cuento las dice, revistiéndolas de palabras campanudas, con imágenes atrevidísimas y con paradojas dislocadas.

Romántico como un guajiro, sabe decir que no hay religión *absolutamente verdadera*, y que la humanidad como *sér es, de armonía infinita y absoluta*.

Amando y respetando á la Razón, realizamos una obra divina venerando á Dios en su creación.

Ni los astros que giran allá en sus órbitas inmensas.

Ni el fuego, ni la luz, ni los hombres, ni sus equivocadas creaciones, merecen más que estudio y respeto. Adoremos sólo á Dios.

La virgen roja, la calumniada y gloriosa revolución francesa, lacre fatal conque Dios selló la iniquidad de los hombres, es glosada por él á la manera de un radical de antaño.

La virgen roja, agradecida á los cantos de Acuña, hizo porque en las oposiciones á Cónsules fuera su amador el que la cantase y estudiase, y dicen que el chico lo hizo tan bien, que á aquella papeleta debió el merecido triunfo.

El Cuerpo consular tendrá en él un representante correctísimo si le envían de Vicecónsul á un país libre y constituído con arreglo á *razón*; mas me temo que Acuña acabe en víctima de la tiranía si lo mandan á un pueblo turco ó á una ciudad rusa.

Por más que también pudiera darse el caso de que Acuña cerrase el pico como cualquier Cónsul más ó menos *Vice*.



Julio Alonso Delgado

He aquí un novato.

¿Qué vamos á decir de él?

Ahora lo veréis.

Figuráos un muchachote alto, fornido y beatífico, con más aspecto de donado de convento que de académico joven, mesurado en el decir y juicioso, visto de pronto. Ese es Alonso y Delgado.

Es decir, esa es la fachada de Alonso y Delgado; penetremos en el interior del edificio, y pronto nos convenceremos de que este señor no es, ni mucho menos, lo que parece, porque profesa ideas disolventes, y es aficionado, según dicen, á organizar giras que tienen su paradero en las Ventas del Espíritu Santo. ¿Qué tal? ¿Puede cualquiera fiarse de las apariencias?

Alonso y Delgado llegó á la Academia, concurrió unos días á la Biblioteca, escuchó la lectura de una memoria, tomó, ó le hicieron tomar, un turno en pro de aquel trabajo; usó de la palabra brevemente, y con largas pausas, le interrumpió Ubeda con frecuencia y con varias intenciones; calló Alonso, le aplaudieron sus amigos, y no ha vuelto á aparecer por la Academia.

Esta es la historia de Alonso y Delgado.

Miguel Martín Hernández

¿Qué hora es? ¿Las seis de la tarde?

No tardará en aparecer en la puerta de la Secretaría el incomparable académico profesor *per accidens* y constante y risueño académico numerario *per se*. Porque Martín Hernández es de aquellos hombres que no cambian ni se envanecen por muchas investiduras que reciban.

En efecto, aquí tenemos á Martín Hernández; examinémosle.

Viene como siempre, luciendo su gabán azulado, su sombrerito hongo, sus lentes y sus patillas.

Nos saluda con dulce voz, y nos dirige á todos una mirada más azucarada todavía, porque hay que convenir en que á Martín Hernández se le podría llamar *el meloso* por antonomasia.

No recordamos haberle visto nunca incomodado, y hasta en las discusiones más vivas ejerce de pacificador con frase acaramelada, y sin salir de su diapasón.

La benevolencia y el afán de complacer, son las notas más salientes del carácter de Martín Hernández; á ninguna exigencia se niega, y lo mismo preside una ceremoniosa sesión pública, que las reuniones familiares de las secciones.

Aunque nosotros no le hemos oído hablar, nos dicen que sin ser un tribuno, no lo hace mal.

Otra de las satisfacciones de Martín Hernández, consiste en llevar noticias de sensación á la tertulia vespertina de la Academia; cuando D. Miguel trae buen caudal de faustas nuevas, se le conoce en la cara, y apenas da lugar á que se le pregunte nada, porque en cuanto entra en la concurrida oficina de Julio, empieza á comunicarnos todo lo que le han dicho en la Presidencia del Consejo entre sonrisita y sonrisita, y chupando con delectación un *coracero* de estanco, que á todo huele menos á tabaco. ¡Qué mal gusto tiene usted, compañero!

En la Academia ha ejercido varios cargos, y actualmente es vocal de la Junta de Gobierno; además dirige Martín Hernández un periódico denominado *El Día Financiero*, de cuya existencia nadie se habrá dado cuenta todavía, ni nada sabíamos tampoco nosotros hasta que leímos el título en un buzón colocado en el patio de la casa de Rolland.

Unas preguntas, y terminamos.

Amigo Martín, ¿es cierto que presenta usted su candidatura para la tesorería?

¿Es verdad que ha ganado usted cuatro millones en la Bolsa?

Porque me alegraría fuese cierto lo segundo, para darle mi voto para lo primero.



César Davara

¡Paso al Secretario de Actas! (No quiero quitarme del paso.) ¿Que quién es Davara? Héle aquí. ¿Sus señas personales? Alto, muy alto, largo, muy *largo*, rostro moreno, nada bello. Simpático. Es verdad.

El que busque su expediente en la Academia, leerá en la primera línea: «Es natural de Betanzos.» Pues bien, nadie le conoce que es gallego... como no sea en la manera de hablar y en la de andar... y en la de pensar. Toda la música en su boca suena á muñeira.

Cuando habla en público, se atropella, y su tez adquiere un tinte tan rojo, que si en aquellos momentos se le hiciera una sangría en cualquier otra parte del cuerpo, difícilmente brotaría una gota de sangre. Con esto no hay que decir que su palabra es viva y fogosa, y aunque no con corrección, habla con fe, y su elocuencia es de las que resultan.

¿Que si es listo? No es preciso que lo afirmemos. Lo saben cuantos lo conocen, y sabéis, que el gallego que lo sale... hay que atarlo.

¿Que si sabe? Algo más que Pons, de Derecho. (Pons no sabe, y de ello hace gala), mucho de Reglamento de la Academia, é infinitamente más de gramática parda.

Es tan hábil, que según dice Gómez de Laserna, una vez sustituyó á Villapadierna, y á pesar de la diferencia de estaturas, nadie lo echó de ver.

Y diga usted, amigo Laserna, ¿cómo se apañaron para que abandonara el sitio de Villapadierna? Porque yo (acá para internós), me figuro que lo tendrían que sacar cuatro mozos de cordel y aún no sé si bastarían...

En la Academia acaudilla una numerosa... (Laserna por Dios...) lo que alguna vez le ha proporcionado ruidosos triunfos electorales, (Laserna, por lo que usted más quiera...) y lo que hace que algunos le tengan por cacique. Pero no lo es. Nos consta, (respiremos...) Lo que tiene es mucho ángel, (como dicen vulgarmente) y esto hace que muchos se inclinen á atender á sus ruegos, aunque sea un disparate lo que pida, porque algunas veces pide disparates, y si no que lo diga el voto de confianza á la Junta de Gobierno. Cierto que él es muy buen amigo de sus amigos, y es capaz, si alguno de éstos se lo pide, de arrojarse de cabeza á un pozo, siempre que el pozo esté seco y que no tenga más de un metro de profundidad.

Un consejo para concluir: que no siga el camino que conduce á los renombrados *cerros* de un académico, y que pise con cuidado el terreno que anda, porque lo que dicen muchos: ¡Quién fuera el galleguito! Empezó hace poco por Secretario de Sección, fué en seguida Presidente de una de ellas, y hoy, es ya, Secretario de Actas. ¡Y llegará donde quiera! ¿No ha de llegar? ¡A donde él quiera! ¡Están alto!

(Este canto es un desahogo del corazón de Laserna; el lector que no quiera leerlo pase por él).

Manuel García de Célis

Célis parece que se le están debiendo siempre una porción de pesetas. Siempre que le he visto, me ha parecido enfurruñado. Compañero; ¿padece usted del hígado?... Porque me atrevo á recomendarle las aguas de Mondáriz...

Se caracteriza el académico que tenemos ahora bajo del lente, por su buen sentido y por su probada y reconocida aplicación; cuando le hemos oído intervenir en alguna discusión, ha sido con sumo gusto, porque habla con conocimiento de causa.

Estos tiempos pasados, los ha dedicado á unas oposiciones, y el epílogo ha sido muy feliz para el *cascarrabias* que, según dicen, ha obtenido brillantísima calificación.

Yo no le deseo al amigo Célis el que se embarque, porque si continúa con ese genio pícaro, los de á bordo lo echarán el mejor día al agua.

Cuidado con lo que se les venía encima...

¿Juez y con ese genio?... Nada, nada, que lo zambullían por *lata*.



Manuel Marañón

Marañón es un respetabilísimo académico, que tiene conquistado un envidiable puesto en nuestra sociedad, gracias á sus reconocidos méritos y á sus envidiables talentos.

Podrá discutirse á Marañón como individuo de la Junta de Gobierno, podrá tildársele de autoritario y agresivo cuando preside las Juntas generales. Nada de esto niego.

El que esta silueta emborrona, ha sido uno de los que más notoriamente le han combatido en la Academia; mas puesta ya la pluma en la mano, del tintero no pueden salir, tratándose de Marañón, más que alabanzas respetuosas á quien sólo eso merece, ya que esto no es más que *justicia seca*, hecha al que á fuerza de labor, de talento y de *vida honrada*, ha llegado á donde Marañón ha subido.

Alto, robusto, muy simpático, de palabra vibrante, enérgica y elocuente; cuentan las crónicas de la casa, que sus triunfos han sido muchos.

Individuo de la Junta de Gobierno, á la que ha llegado después de quince años de méritos y de trabajos, Marañón debería tener gran popularidad entre el elemento joven de la Academia, y sin embargo, él mismo sabe que no la tiene. ¿Por qué?

Sería un poco larga la explicación del *fenómeno*... No es, Sr. Marañón, como usted cree, porque no sea usted de la nueva generación, ni tampoco porque lo haya usted hecho mal como individuo *del gabinete*... Los jóvenes ven en usted á un muchacho; al fin y al cabo, un muchacho será usted siempre por muchas canas que peine: no lo ha hecho usted, ni mejor que tantos, ni peor que una porción de señores... La causa es... (¿La digo?)

Un desengaño.

¿Se acuerda usted del voto de censura?

Pues, bien; en su carácter de usted se confiaba mucho... ¡y nos dió su señoría un desengaño tan grande!...

Además, Sr. Marañón, usted es á veces muy duro para la juventud...

Bien están los disciplinazos, pero en un solo sitio... y usted cuando pega, no mira donde da.

Termino repitiendo mis alabanzas á quien tantas merece.

Esto, no es *bombo*. Yo no adulo nunca, y menos á los que valen.

Yo no alargo la mano más, que para estrechar la de los hombres honrados, y usted, sin agraviar á nadie, es uno de ellos.



José Bravo y Goyena

Pueden decirse bastantes cosas de este chico, y casi todas ellas, agradables y lisonjeras para el *propio interesado*.

Bravo se significa pronto entre la juventud porque tiene condiciones para ello, aun cuando mayormente no lo parezca. Visto desde los escaños, se despega un poco la figura. El tonillo de dómine que emplea cuando habla ó discute, unido á que no le acompaña mucho el *físico*, hace que no se le asimile uno con facilidad. Mas pronto se echa de ver que le acompaña un sereno juicio y un talento nada corriente. Luego se averigua tambien que es estudioso, y que digiere, y más adelante, cuando una vez levanta a la sesión os acercáis á felicitarle, se concluye diciendo... ¡Pues, señor; me resulta este muchacho por todos los lados que le voy mirando!...



Sandalio Díaz Tendero

¿Don Sandalio Garcilaso? y me adelanto... y doy un paso... y oigo que uno dice... dos votos; y voy yo y digo... ¿habrá ceros?... ¡hay narices!

Nosotros, ni quitamos ni ponemos (1); seguimos el criterio imparcial que nos hemos propuesto seguir, y decimos que el Sr. Sandalio es uno de los académicos que valen.

No diremos que su palabra sea un modelo de corrección, ni que su lógica sea irrefutable, ni su forma galana, no; en vez de esos elogios de mal gusto, diremos una y otra vez, que Tendero vale.

Pero, ¿qué vale? dirán nuestros lectores, al notar la repetición de la frasecilla.

Pues vale... la pena de verle.

Porque sí, señores; da pena verle en una Junta general cuando se empeña en darnos un curso de Reglamento que nadie sufriría, si no fuese explicado por un amigo tan apreciable y tan correcto de formas.

Díaz Tendero, siempre se encuentra en la oposición, como su tocayo el Sr. Sandalio, así en las Juntas generales, como en las discusiones científicas. Y ¿por qué es eso? nos preguntarán, á lo cual

(1) ... narices!

respondemos: porque no suben *los suyos*; y ¿por qué no suben *los suyos*? porque *los suyos* de Díaz Tintero, no existen: D. Sandalio es... el hongo de la Academia, siempre va solo.

Y á pesar de eso, no tiene verdadera notoriedad, y la culpa es suya, y nada más que suya.

Si en vez de... fastidiarle la prensa, le gustasen los bombitos ó bombazos que con tanto gusto saborea Pons el diminuto; si se procurase un Conrado Solsona, ó un Mínguez, ó un Villaisoto, todos corregidos, mejorados y sin aumentar, Tintero parecería otra cosa, sin dejar por eso de ser lo que es.

Deseche, pues, amigo, ese afán de obscurecerse tan extemporáneo, y que tan mal se aviene con sus extraordinarias facultades,

Y tenga muy presente aquel adagio español que dice: «Fray Modesto nunca llegó á Guardián.»



Angel Ossorio y Gallardo

Vicepresidente de una de las Secciones. Muchacho modesto y de mérito; es de los que forman parte de esa nueva generación, y en la cual tantas esperanzas tenemos puestas.

Si se consiguiera ver cuarenta ó cincuenta académicos como el simpático D. Angel, la Academia de Jurisprudencia lograría el esplendor de pasados años.

Vive de la abogacía. ¿Verdad que este solo dato prueba ya algo?

Es estudioso y sumamente complaciente, y sus amigos son todos los que le tratan.

Yo no le pego en esta silueta, porque no veo en él ese deseo de llegar (1), que tanto me disgusta.

Puedo, eso sí, llamarle vago y pereroso, porque lo es con relación á la Academia.

No conviene ser tan despreocupado como lo es usted, D. Angel, porque también eso es perjudicial.

Regenerar la Academia. Este es el programa. . .
. . . y con usted se cuenta, Sr. Ossorio y Gallardo.

(1) A toda costa, y por todos los medios.



Miguel Maluquer y Salvador

¿De qué nos salvó?

Hasta ahora de ningún peligro y... ¡cuidado si nos hallamos siempre corriendo riesgos en la Academia!

Pero Miguel es un muchacho pacífico y no quiere meterse en nada; estudia, trabaja y calla; en eso se parece á su hermano mayor.

Porque Pepe Maluquer es lo que pudiéramos llamar *perfecto académico*; laborioso, elocuente y modoso, eso sí, muy modoso; no alza la voz, ni es capaz de lanzar un apóstrofe aunque lo maten.

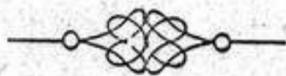
Mas volvamos á D. Miguel.

En el curso pasado presentó en la Sección tercera una discreta Memoria sobre «El proteccionismo y el libre cambio», Memoria que no se ha discutido aún y en la que ya supondrán ustedes lo que sostiene su autor, si recuerdan que Maluquer es un buen catalán.

En la actualidad es Maluquer el pequeño Secretario de la Sección segunda, para cuyo cargo fué elegido por gran número de votos.

Un consejo á nuestro amigo: que imite en todo á su hermano, menos en el silencio.

No estamos en la Trapa, compañero.



Félix Llanos y Torriglia

Este académico se asemeja á las estrellas errantes. Pasó por la Academia y desapareció súbitamente, dejando una estela brillante pero que se borró al poco tiempo, por culpa del mismo Llanos.

Sin embargo, todos nos acordamos todavía de la notable Memoria que acerca «De los delitos antisociales» leyó en sesión pública; ese trabajo es lo mejor de lo que Llanos ha escrito.

El que es objeto de esta silueta, ha ejercido los cargos de Secretario de Actas y de Bibliotecario; desempeñó el primero, como todos los que han disfrutado esa ambicionada magistratura académica (1); respecto á su gestión como Bibliotecario, podría decirse:

—Y de Llanos, ¿qué?

—Pues de Llanos, *ná*.

—¡Pero si dicen que...!

—Eso dicen; pero, *¡cá!*

Porque una vez que Llanos fué elegido Bibliotecario, se posesionó de su puesto, dió pruebas de su competencia bibliográfica, suscribiendo á la Academia á la *Revue de Revues*, y se marchó silenciosamente hacia la Secretaría particular del Subsecretario del Ministerio de Hacienda, Sr. Marqués de Mochales.

Y nada más.

(1) Ni bien ni mal. El Secretario de Actas es el *puntillero* de la *cuadrilla*.

Santiago Alonso de Villapadierna

—Tenemos el gusto de presentar á ustedes al Sr. Secretario General.

—No hace falta esa presentación, porque lo conocemos á él muchísimo más que á usted.

—Lo sabía, y ustedes dispensen; demasiado sé que *nuestro jefe oficial* es muy conocido. ¡Bienaventurados los pequeños, porque ellos serán elevados!

Natural de Liliput, cuenta la leyenda, que lo mandaron de París en una caja de cerillas, y que dentro de la misma caja, vino la canastilla.

Todas las hadas estuvieron presentes á su nacimiento, y dicen, que cada una fué depositando un presente en la cuna de Pulgarito.

Una, le hizo don del talento. Otra, de la palabra. Otra, de la simpatía... La última que llegó, fué la reina de las brujas. Su llegada era esperada con vivísima ansiedad, y todo el mundo se creyó defraudado, cuando la hija del rey del Nilo pronunció estas incomprensibles y cabalísticas palabras: «Será tan pequeño, que se meterá por el ojo de una aguja.»

Y así ha sido.

Villapadierna es uno de aquellos hombres de quienes no se puede decir que engañan, porque se

manifiestan tales cuales son en la conversación primera que con ellos se mantiene.

Su carácter es reflexivo, y sobre todo, muy práctico.

Es académico de brillante historia; ha trabajado mucho, tomando parte en todas las tareas de importancia que la Academia se ha impuesto.

Aún recordamos el discurso que nuestro *petit* Secretario pronunció en el Congreso Jurídico Ibero Americano; aquel concienzudo trabajo le valió muchos plácemes y aplausos.

Se expresa con una velocidad singularísima: á los que le conocemos, no nos extraña su oratoria *sudespresiana*, consecuencia necesaria de su temperamento nervioso,

El *jefe*, como le llama Julio, ha llegado al codiciado cargo por sus pasos contados, (que en él han sido menuditos), principiando por Secretario de Sección; es decir, que no es un improvisado de esos que se cuelan en la Junta, de rondón; sin saber, ni de dónde vienen ni á donde van.

Pulgarito, últimamente lo llevó su padre, el montañés de largas y blancas barbas, á lo más enmarañado del bosque... ¿Queréis que os recuerde el cuento?...

Pues, pasó así... «El padre se ocupaba poco de la choza, y el invierno se vino encima, y la choza se hundía por falta de cuidado... Era ya pasado casi todo el invierno, y la sementera no se había hecho... Decidió el viejo leñador desprenderse de sus siete hijos, y una noche, los llevó al bosque y los dejó abandonados... Todos se pusieron á gimotear al encontrarse solos y lejos de toda protección...

El buenazo de Martín lloraba á moco tendido... Senén se quedó dormidito sobre la verde grama. Los demás, no se daban cuenta de su situación desesperada... Marañón tiraba piedras á los pájaros que piaban entre las ramas de los grandes árboles...

Pulgarito, entretanto, cavilaba... cavilaba.

La tarde iba convirtiéndose en noche... Se oían lejanos los aullidos de los lobeznos.

Por fin, se subió á lo alto de un añoso tronco, y allí, aconsejó á sus hermanitos que pasaran la noche...»

Todavía no se han bajado del *árbol de gracia*, y allí continúan refugiados, sin que haya medio de hacerlos bajar.

Yo creo que los chicos han debido su salvación al pillín de Pulgarito...

¡Y habrá quien dude aún de que la profecía de la hija del rey del Nilo se ha cumplido con exceso!



Pedro Luna López

El chiquitín de la casa.

¡Oh, minúsculo Luna!
que en tus más tiernos años
á esta Real Academia
dirigiste tus pasos,
con chistera, levita
y los lentes calados:
sigue, sigue la senda
por donde has comenzado;
pues ni el camino es duro
ni tu trabajo malo;
pero escucha, pequeño,
procura estar sentado,
no patees, no grites,
ni le des guerra á Paco.

Si vas á las sesiones,
estáte muy callado,
no pidas la palabra
que el Presidente es malo,
y si te oye que chillas
te azota sin reparo.

No presentes Memorias,
que cuesta gran trabajo
hallar ideas nuevas
en libros consultados
por los que relacionan
la Iglesia y el Estado.

No vayas á Secciones,
que Martínez Acacio
dijo un día en la cuarta
resultarle algo extraño
que hablase en su Memoria
uno que no ha estudiado
aún Procedimientos,
y de eso es su trabajo.

No te busques asuntos,
que no eres abogado,
y en vez de un beneficio,
puedes causar un daño.

No, chiquitín, no sigas;
ahora es mejor dejarlo;
sigue pegando fajas,
en unión de Laureano,
á esos periodiquitos
que mandas tan cuidados
á un pueblo de Toledo
que el nombre no hace al caso.

Acaba la carrera,
y entonces, sin recato,
puedes hacer Memorias,
perorar algún tanto,
bullir en la Academia
y, aunque no eres muy alto,
podrás llegar un día
á ocupar un buen cargo,
porque ya la experiencia
debe haberte enseñado,
que con esa madera
se hacen los Secretarios.

Antón

C'est on ne peut plus charmant.

Nació para la diplomacia y á ella dedica todo el entusiasmo de su alma joven y soñadora. No sabemos si la diplomacia es á él lo que él es á la diplomacia.

Atildado en el vestir, perfumado, elegante, tiene la forma; el fondo... eso no lo sabemos.

Sin embargo, nos atrevemos á pronosticar que no será ningún Bismark.

Habla correctamente, se acuerda de la Historia un poco, ha leído bastante literatura... Sobre todo, la francesa... Es poeta de salón, y creo que sus composiciones huelen muy bien.

El Derecho no es propio para su juvenil y ardiente imaginación, y creo que por eso pospone el Código á las rimas... Y en verdad, que entre aquello de: «El padre, y en su defecto la madre, tienen potestad sobre los hijos legítimos no emancipados... etc.», á aquello otro: «¡Volverán las obscuras golondrinas!...» hay un abismo. El que media entre los garbanzos del puchero y el jilguerito pintado y vocinglero... etc.

¡Ah, amigo Antón; el gran Molière!... y, ¡Racine! y ¡Corneille, el viejo!...

Sin embargo, amigo mío: hay que recordarle á usted aquella bellísima composición de Alfredo de Musset:

*Ninón, Ninón, ¿qué fais-tu de la vie?
L'heure s'enfuit, le jour succede au jour...*

Para que así no tengamos... no tengamos la pena de decir algún día parodiando á Musset:

*Antón, Antón, ¿qué has hecho de la vida?
Las horas se van; el día sucede al día.*

Por lo demás, querido amigo:

Jesui tout á votre service.



Eliseo de la Gándara

Aunque frisa en los cuarenta abriles, Gándara pertenece á la juventud académica que se honra con él y le ha honrado constantemente haciéndole Presidente de Sección, Vocal y hace seis meses Bibliotecario, y conste que todo ganado en buena lid, sin intringuillas de ningún linaje, á fuerza de simpatías y de méritos y por ser siempre, de un modo unánime, aceptado.

Pequeño de cuerpo y grande de entendimiento, de palabra correcta y fría como de hombre excesivamente reflexivo, es siempre en sus discursos el abogado, y nada tiene de extraño, pues tal es su principal aspecto por el que ventajosamente le tienen por su igual los pocos jurisconsultos que ejercen hoy con honra y *provecho*.

Él inauguró en la Academia una serie de conferencias sobre los estudios hipotecarios, y puso digno remate á las que dieron Rañada, Ondarza, Lomba y Úbeda.

Él presentó á discusión en el pasado curso un precioso estudio sobre Régimen municipal, provincial y ultramarino, y coronó la discusión con un magnífico discurso que es lástima no nos haya perpetuado la taquigrafía.

¿Qué más decir de él? Que aunque es madrileño por el hecho accidental del nacimiento en la corte, su entraña es de allá de la tierra; allí en Trasmiera tiene su abolengo y sus grandes afectos; y que aquí vive en muchos corazones que conocen *al padre de los golfos*, al D. Elíseo constante de la Cervería Inglesa, ocurrente, sazoador de aquella tertulia de solterones, con textos (nunca buscados) de las Partidas, de los Padres Santos y de su muy sutil ingenio.

Sr Gándara, ¿cuándo nos explica su anunciada conferencia «El hombre y el burro ante el Código Penal?...»



Justo Garrán y Moso

Amigo Marín, me pide usted por excepción que escriba una semblanza de Garrán, y ello me pone en un compromiso grande, porque... aquí quisiera ver yo al gran Juvenal padre de la *sátira*, ó al epigramático Marcial, y apuesto cuanto usted quiera á que no hallarían resquicio por donde á costa de Garrán acreditar ingenio.

Así pues, ahí van unas notas; vístalas con el ropaje espléndido de un estilo, y no me pida más.

Garrán es una de las pocas *alhajas* de la Academia *oro puro*, modesto como una violeta, estudioso como un Costa, casi tan asíduo á la biblioteca nuestra como García; escrupuloso en sus trabajos; cuando interviene en alguna discusión, estamos todos pendientes de sus labios, porque aunque no tiene nada de orador, expone cosas buenas; verdaderas mieles producto de sus constantes trabajos... No es orador á mi juicio, porque padece con exceso *la emoción oratoria*; es un gran caso patológico digno del estudio del doctor Pulido; pero esto es corregible, y si lo logra, Garrán hablará mejor que muchos que se creen *picos de oro* y siempre más sabiamente que los más.

Es la personificación de la *exactitud*, de la *formalidad* en tal grado, que es inútil buscar precedentes históricos ni aun en Catón de Utica... corresponde á nuestra época la dicha de poseerle; es nuestro Garrán, muy superior á todo; hasta á aquel personaje bíblico de la época de Faraón, con el cual

algunos le comparan... Un día le decía yo á Regueral: este Garrán debió ser el puesto por Dios con Eva en el Paraíso en lugar de Adán, porque si él hubiera sido... Eva se hubiera ido con *boa* y todo á hacer mil pares de calcetas, la *camuesa* seguiría intacta, y nosotros en el Paraíso. En fin, encaja admirablemente en él su patronímico. Justo, es un justo á quien jamás pueden ni podrán tocar siquiera las maledicencias del *mentidero vespertino* que ha respetado, respeta y respetará al académico que mientras tanto *empolla* afanosamente en nuestra casi desierta Biblioteca.

Las ideas de Garrán son bien conocidas, escolástico en el fondo y hasta en la forma de sus discursos; pero escolástico de los de buena cepa; de la cepa de que se forman los Padres de la Iglesia; cepa de la *viña del Señor*.

Sin ser adivino, ni brujo, ni siquiera gitano, y sin verle las rayas de la mano, se podrían hacer vaticinios—¿para qué?—lo que importa aquí es asegurar que la Academia le señalará algún día entre sus predilectos.

Acaben estos apuntes con un apóstrofe.

¡Padres que tenéis hijos! Proponédle á vuestros descendientes con el modelo que siempre tendríais por un mito sin conocerle...

¡Madres las que tenéis hijas casaderas!... *lasciate ógni speranza*...

Sin más, amigo Marín, si quiere usted tener un buen amigo, verdaderamente excepcional, procure serlo de Garrán... desea merecerle tal consideración, su afectísimo s. s. q. s. m. b.

JOAQUÍN UBEDA,

D. Senén Canido

Este es aquel Albenzayde
que entre todos tiene fama.

Sí, señores, la tiene y muy merecida.

Pues qué, ¿el trabajo, el talento y el mérito, no se la merecen? ¡Vaya sí se la merecen! á pesar de los pesares. ¿Que es gallego? Mejor; también lo es Linares, y pata; y Becerra y Vicenti... hombre, hombre, no siga usted, porque va usted mal... ¿Por qué voy mal?... Porque no conviene *regionalizar* ¡Ah, vamos, créime otra cosa... ¡Pero D. Senén, es calvo!... Bueno: señal de que no tiene pelo de tonto...

Canido es de los *grandes*, así es que no sigo por el camino emprendido, porque á los Dioses no se les puede tratar burla burlando.

Muchísimos años de labor académica, labor fecunda y buena.

Muchísimas condiciones para presidir en sesiones borrascosas, y saber por dónde van las corrientes.

Muchísimos deseos de hacer siempre porque las cosas tomen el derrotero de lo solucionable.

Y muchísima simpatía en la casa donde se le quiere, aprecia y respeta.

B. á Ud. L. M. señor Canido.

José Figueras

Es un académico de la última hornada.

Pero que ya ha salido del montón, si es que formó parte de él algún tiempo.

Estudioso como pocos de los que asisten diariamente á la Academia. Figueras frecuenta la biblioteca y se le ve todas las tardes rodeado de volúmenes y escribiendo sin cesar cuartillas y más cuartillas; de vez en cuando entabla conversación animada con los compañeros que cerca de su sitio trabajan, y pasados algunos minutos de solaz vuelve á su tarea con tanto ó más entusiasmo que al comienzo de su jornada.

Figueras sólo ha hablado una vez en la Sección primera, y dejó satisfechos á los señores porque expuso sus ideas con claridad y precisión notables, y demostrando públicamente su modestia.

Si Figueras se decide á tomar parte en las discusiones, llegará á figurar en primera línea entre nuestros oradores jóvenes.

Animo, pues, amigo, á usted le obliga otro factor importantísimo. Tiene usted que corresponder á su apellido. No olvide nunca que el honorable D. Estanislao Figueras, fué su padre. Nobleza *de entendimiento* obliga.

González Rotthwos

«Dios hizo al hombre á su semejanza, por más que diga Voltaire que fué al revés: así también un ministro hace un ministerial á imitación suya. Una vez hecho, le sucede lo que al famoso escultor griego que se enamoró de su hechura, ó lo que al Supremo Hacedor, de quien dice la *Biblia* á cada creación concluída: *Et vidit Deus quod erat bonum*. Hizo el ministro al ministerial y vió lo que era bueno.»

(Larra).

Y Rotthwos es eso, *canela fina*. Joven, guapo (á qué negárselo), simpatiquísimo, con mucho despejo, activo y emprendedor; faltábale, como á Lázaro, que le dijeran: ¡anda! para ponerse en marcha hacia la tierra prometida.

Un poderoso pasó casualmente por su lado y necesariamente pudo apreciar que allí había algo, y cumpliendo con un deber revelador de su talento, se acordó de que los *hombres* necesitan hombres, volviése, pues, al simpático Secretario y le dijo: Rotthwos, sígueme... y el otro, alentado por aquellas palabras, le siguió, y tengo entendido que no le pesa.

¡Ojalá tenga la suerte que yo le deseo!

En la Academia es de lo mejorcito, y sus tiem-

pos de Secretario son recordados como época de brillo y de esplendor para la casa. Pertenece á una época que se caracterizó por la abundancia de lo bueno; los *percebes* estaban entonces en minoría, y de los compañeros de Rotthwos pocos han salido *cucurbitas*.

Revisor es Rotthwos en la actualidad, y no puede decirse que el traje le venga ancho, muy por el contrario, está en su sitio.

A veces preside, y entonces demuestra lo poco que para el caso sirve, débil, irresoluto; es completamente distinto de Martínez Pardo (que todo lo toma en serio) y de Marañón (que todo lo toma á guasa).

Es de los que se van alejando de la Academia á medida que su persona adquiere relieve, y eso no está bien. Rotthwos, más que nadie, debe acordarse siempre que á la Academia debe muchas cosas, que no por ser merecidas, son menos de agradecer.

Diputado á Cortes, á estas fechas, por Cuba; creo que de aquel país no tenga más conocimiento que el adquirido *intuitivamente*... pero en fin... habrá comido guayaba y piña, y sabrá lo que es un *guateque* y otras cositas que le capacitan suficientemente para legislar á aquellos guachinlangos.

Adiós, respetable padre (de la patria) y póngame á los pies (q. b.) de doña Joaquina y de D. Antonio, digo, rectifico, á D. Antonio no le beso ni los pies ni nada, (á D. Antonio, amigo Rotthwos, no hago más que admirarle) como le pasará á usted. ¿Verdad, señor Revisor?

Gómez del Campillo

Entonces habló Campillo á las gentes y á sus discípulos.

2. Diciendo: sobre la cátedra de la Academia, se sentaron los Escribas y los Fariseos.

3. Así que todo lo que os dijeron, mentira es: que os lo digo yo, que seré, si no me malogro, catedrático de Derecho canónico.

4. Ante todas sus obras, hacen para ser miradas de los hombres, porque no hablan más que para ser aplaudidos, y no sienten nada de lo que afirman.

5. Toman los primeros asientos en las cenas (y las mejores tajadas), y las primeras sillas en las sinagogas.

6. Y las saluciones en las plazas, y ser llamados de los hombres, Rabí, Rabí (Profesor, Profesor.)

7. Más vosotros no queráis ser llamados Rabí, porque uno es vuestro Maestro, y ese es *menda*, y todos vosotros sois hermanos, (*ú séase numerario.*)

8. El que es mayor de vosotros, sea vuestro amo.

9. Porque el que se ensalzase llegará, y el que se *atenderice* se jorobará, y el que no tenga abuela que se la busque, y el que no la encuentre que lo

sea de sí mismo, y el que venga detrás que arree.

10. Serpientes, generación de Armiñanes, ¿cómo evitaréis mis juicios?

11. Para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado desde la de Orgaz, hasta la del *otro* y la mía.

12. Academia, Academia, que revientas á los profetas, y jaleas á los que presumen de ojeras; ¡cuántas veces quise juntar tus rebaños, como la gallina junta sus polluelos, y no quisísteis!

13. He ahí vuestra casa, os la dejo desierta.

14. Porque os digo, que desde ahora no me veréis hasta que digáis: Bendito el que ha sabido apañarse con una cátedra de Derecho canónico, para el desayuno, y con una dote de mujer rica, y de la Tribu de Leví para todo lo demás.

Amén.



Justino Bernard

Alto, simpático, modesto; hé aquí uno que en el terreno de las simpatías se lleva las palmas.

Por la Academia suele ir muchas tardes á pasar un rato en el *desolladero* (local donde tiene su mesa el oficial de Secretaría, y que ha dado en llamársele tan gráficamente, porque allí se despeleja al más pintado.)

Bernard es abogado que trabaja, aficionado á la *obscura noche*, porque de noche todos los gatos son *pardos*, y á él le gusta muchísimo este color.

Bernard debía trabajar más en la casa, porque indudablemente llegaría á hacer saber que vale lo que vale.



Cuartero

Cuartero es un chico bastante estudioso, y que no tiene más defecto que una exageración extrema para todo.

Radical en cuanto hace y piensa, se le ve siempre acudir á la lid defendiendo sus ideas con el calor de un progresista. Habla bien y no le gusta que le interrumpán; pero eso sí, él interrumpe... porque lo que dice. ¡Yo, es otra cosa; yo, no me puedo contener!

¡El y Dagas son una parejita, que ni la americana! Y estando esos campeones, ya pueden llover Bravos y Campillos. Como si no. Cuartero se encarga de descuartizarlos.

Salud: Compañero...



Fernando Cadalso

No le trato, ni me honro con su amistad, pero le conozco y he oído hablar mucho de él.

Voluntad de hierro. Organizado para la lucha, es un hombre de nuestro tiempo. A sí mismo se lo debe todo, absolutamente todo. ¡Quién será capaz de negarle su mérito!

¡Ah! hoy que tan amenudo se oye á la juventud lamentarse de lo difícil de los tiempos, de las asperezas del camino que conduce al éxito, ¡qué ejemplo más digno de ser citado el de Fernando Cadalso!

Esos pesimistas que todo lo ven negro, esos otros *medios caracteres*, disculpados por Nordau, almas hembras, llenas de condiciones y exuberantes de facultades y que, sin embargo, no pueden andar porque sus actividades están paralíticas, ahí tienen el ejemplo: de Cadalso pueden tomarlo; á su trabajo, á su infatigable actividad debe el triunfo.

No sirven neurosis, ni nervios, ni estados pasivos, ni disculpas, ni zarandajas; las cosas claras y la pereza siga siendo pereza mientras se hable y se escriba en romance. Cuando la corriente viene contraria, hay que tener coraje para vencerla y hay que trabajar para no ser vencido, porque si los bra-

zos desfallecen y el ánimo se amilana, se es arrollado sin remedio.

Fernando Cadalso ha traído á la Academia su temperamento, y en la Academia ha demostrado lo que todo el mundo sabe: que es un obrero infatigable de la inteligencia. Habla mal, muy mal, pero su inteligencia se hace notoria á las pocas frases, y las ideas acaban por vencer bravamente á las palabras.

De temperamento altivo y huraño, parece un *poseído de sí*, y muchos le critican esta *rareza*; yo se la disculpo porque me acuerdo del José de la Cruz de *La loca de la casa*... Al que ha estado media vida arrancando el codiciado metal á la ingrata *madre*, allá en el fondo de una mina, ¡vaya usted á exigirle manos suaves y modales cortesanos! Al rojo mosto, áspero, ágrío y campesino, ¡vaya usted á exigirle las dulzuras y las mieles del Málaga de viejo abolengo!

Si Cadalso hubiera nacido grande de España y con catorce mil duros de renta, le encontraríais disculpable y hasta elegante la *manía*, aún cuando fuera un haragán incapaz y estúpido... Y porque Cadalso se enorgullece un poco *con la ropa que él se va comprando á fuerza de sudores*, ¡aún osáis censurarlo!... ¡Vamos, señores, ciertas cosas ni aún en broma!



Al alto Sr. D. Luis Téllez de Girón

«El distinto trato que, en igualdad de conocimientos se da á cada uno, es el criterio ó señal de su distinta suposición, es decir, del caso que le hacemos ó, en última resolución, del distinto tamaño, esfera ó valor de que nos parece; debiéndose inferir de esta desigualdad de trato, que no todas las personas nos parecen iguales.»

Razón profunda la que nos enseña el clásico, y que le viene á vuestra merced, noble señor, como pedrada en ojo de boticario.

Las desigualdades primordiales del mundo, son las que proceden de la rancia y heredada sangre ó del talento y de los valeres noblemente adquiridos; la piedra de toque para probar la ley de ambas es la igualdad, porque en ésta se palpan los orgullos y se tocan las fatuidades.

Yo, noble señor, non le hablaría á vuestra merced de aquestas ranciedades, si non supiera que en vuesa señoría los timbres heredados son por donoso portento de vuestra discreción, méritos adquiridos: que aprendido tengo, con lo poco que me honrásteis con vuestra amistad, que la humildad y el valer se hermanan de tal modo en vuestro noble espíritu, que sin quererlo vos enca'enáis con

gentil continente á cuantos tienen, como yo, á orgullo no rendir pleitesía más que á aquellas cualidades que realmente se la merecen.

Termino, cristiano señor, haciendo ardorosos votos porque Dios os conceda largos años de honesta y santa vida para gloria de vuestro esclarecido linaje y ofreciéndoo con a' ma y con cuerpo las nulidades de mis servicios, pues en ello será altamente honrado vuestro humilde siervo,

EL LICENCIADO LUIS A. DE PÉREZ.



Federico López González

Poco tiempo hace que lo conozco... pero no es extraño porque soy novato. Hace años el Sr. López González era uno de los que más bullían. Al lado de Urquiola, de Rolland, de Rotthwos, Villapadierna, Liñán, etc., etc., formó en las filas de aquella batalladora juventud que tanto y tan bien luchó; para suerte nuestra, el campeón de antaño ha vuelto á demandar la atención y *los votos* del respetable Senado.

Es inteligente, de fino ingenio y no escasa cultura; habla muy requetebién, despacito, correctamente, empleando las palabras con sobriedad y elegancia; como los oradores de la escuela inglesa, va siempre ceñido á la idea, sin olvidarse del método y sin estallidos ni retoques de mal gusto. Me parece algo codicioso de honores y un poco enterado de su valer... pero puede que me equivoque.

Sería una adquisición valiosísima para la *santa causa*; pero desconfío del hallazgo porque pertenece á unos tiempos en que la travesura era la cualidad suprema.

Le deseo al Sr. López González muchos triunfos y le aconsejo no frecuente la Secretaría. Allí es peligroso prodigarse, ¡por algo la Academia tiene nombre de mujer!

José López de Goicoechea

He aquí uno de los académicos jóvenes más simpáticos y apreciables.

López de Goicoechea parece una cosa y es otra.

Al verle recostado en un diván de Fornos, frunciendo el entrecejo, entornados los ojos, con un puro entre los dientes, seriote y guardando impenetrable reserva, cualquiera creería que estaba delante de un filósofo desengañado; pero lejos de ser así, Goicoechea es comunicativo y ocurrente. ¿Por qué, nos preguntaréis, se encuentra entonces tan silencioso? ¡Ah! es que á la hora en que le hemos visto, dos y media de la tarde, está haciendo la digestión, y ya sabéis lo que sucede cuando nos hallamos en esa importante tarea.

López de Goicoechea no ha tomado parte activa en la labor académica, y es lástima porque estamos seguros de que su cooperación sería valiosa.

En cambio, según dicen sus íntimos, es un inteligente aficionado al tresillo y al billar, á pesar de lo que digan en contrario sus adversarios que suelen atribuir á la suerte lo que debe ser fruto de la pericia.

Otra de las especialidades de D. José consiste en burlarse de *todo el mundo* con la mayor formalidad y buena sombra que puedan ustedes figurarse. Y

si no que lo digan... pero no, mejor será callar, no sea que al hacer una lista de los *lateados*, nos digan que probamos nuestra modestia al omitir nuestros nombres.

¡Quién sabe si habremos sido también *víctimas*!

¡Ah! Sr. D. José, ¿qué se hizo del cepillo de Santa Marcela?



Luis Villar y Peralta

EN SINGAPOORE

Querido amigo Villar: Cuando lleguen estas líneas á sus manos, sentirá sin duda alguna, verdadera satisfacción, pues siendo como es usted un buen amigo, le agradará el saber que los muchos que dejó en esta Academia, se acuerdan muy á menudo de aquellos ratos ágrados que pasábamos en la Sala de Revistas, unas veces estudiando, otras *preparando* elecciones, y otras escuchando á un querido amigo nuestro á quien llamábamos *López Silva*.

Después de su ausencia, se trataron de hacer unas semblanzas académicas, y todos sin excepción han acordado que por muchísimas consideraciones debía en ellas figurar su nombre.

La intervención de usted en esta casa ha sido muy activa, terciando en varios debates científicos, presentando una Memoria, muy bien escrita por cierto, sobre «El Jurado,» y desempeñando varios cargos en Comisiones como la del Catálogo, y en Secciones.

Que es usted un chico que vale, nadie lo duda: ha demostrado sus conocimientos, habiendo obtenido el número dos en las oposiciones á Vicecónsules.

Todos nos alegramos de su triunfo, aunque lamentando su ausencia, haciendo votos porque se vaya usted acercando á España.

¿Qué quiere usted que le digamos de la Academia? Está como siempre: cada día surge un individuo que quiere de un golpe sentar plaza de *Capitán general*.

La ambición es la característica de nuestro tiempo, y sin ella esta casa no sería nada.

Ahora bien, querido Villar: como los extremos son viciosos, sucede alguna vez que las dichas *ambicioncillas* que todos tenemos causan disgustos, que tan sólo se evitarían con una poca de paciencia.

No vale empujar.

En fin, Villar: «todo está igual.»

Por el *librito* se enterará de algunos elementos nuevos para usted desconocidos.

Los concurrentes á la Sala de Revista le saludan, y con ellos su buen amigo y compañero

L. DE A.



Manuel María de Ondarza

Un buen muchacho
se os presenta,
franco, risueño,
de nobles prendas;
siempre deprisa,
listas las piernas,
de un lado en otro
pronto se encuentra,
ora en su casa,
ya en la Academia,
luego... no sigo,
por si me pega.
Viene á la casa,
ve la *Gaceta*;
pide unos libros,
luego agua fresca,
toca en el timbre
para que vuelva
el ordenanza
que no sosiega,
pues con él anda
de ceca en meca.

Como académico,
su historia es buena.
Fué Secretario

de la primera
Sección, á poco
la Biblioteca
por este chico
se vió revuelta,
con su catálogo
obra maestra
que, á terminarla,
la mejor fuera.
Pero, ¡qué días
y qué rabieta
pasaron todos
con su viveza!

Hay dos Memorias
en la Academia
hechas deprisa...
pero bien hechas.
¿Y en elecciones?
Dió mucha guerra
en las pasadas
con su franqueza;
pues no quería
que se eligieran
por Presidentes,
los que á propuesta
de un buen amigo...
no, no te ofendas,
no lo descubro,
pero se acuerdan.
Ahora, volando,
ve la *Gaceta*,
saluda y dice:
«Bueno, ¿qué cuentas?»

Mira la hora,
nos echa fuera,
charla sin tino...
«Bueno, ¿qué cuentas?»
Este es Ondarza,
pues aunque queda
por decir mucho,
la ligereza
que comunica,
nos hace fuerza
á dar un corte
en la silueta
del buen Notario
que tiene Herrera.



Alberto Pérez Sanmillán

Recién venido de Burgos, de donde es natural, se encuentra el bueno de Alberto disfrutando, al parecer, de completa felicidad.

Examinadle, veréis en él un muchacho grave, poco comunicativo, sin aspiración alguna, contento con su suerte y comiendo tranquilamente del Presupuesto.

Ningún cargo ha ocupado en la casa, ni toma parte en discusiones. Observa á unos y otros, forma su concepto, *que se reserva*, y dice lo que le parece.

Pocos ó ninguno conocerán su manera de pensar.

Asiste diariamente á Secretaría, compartiendo amigablemente con Pons y Goicoechea, de quienes parece que es *incondicional* amigo; presencia algún *sacrificio*, y se retira tranquilamente; ve en lontananza una tempestad... y se queda en tierra.

Muchos le creen mal intencionado: yo opino que no lo es. Le gusta pulsar las amistades, para luego formar su diagnóstico. Yo no sé si se equivoca; guarda el secreto en el profesional, y por lo tanto ignoro si mata intencionadamente á algún enfermo. Otros, por el contrario, le califican de inocente. Con estos últimos opina el interesado.

Yo nada digo; temo herir su susceptibilidad. Guardemos, pues, silencio.

José Garay y Rowart

Es un muchacho listo, y hasta guasón inclusive. Asiste pocas veces á la Academia, pero cuando le vemos, tercia en las discusiones científicas, revelando los conocimientos que posee.

Es un poco holgazán; así es que no le veréis consumir turnos en ninguna Memoria; habla para alusiones y habla bien.

Todos recordamos aquel discurso que pronunció en la Sección tercera contestando á una alusión de García Acuña; allí, con verdadero calor y energía, rechazaba los cargos que se habían dirigido contra la Memoria puesta á discusión, y era de ver cómo el Secretario de aquella Sección, el amigo Anel, tomaba fielmente el acta desempeñando su cometido con su reconocida diligencia.

Pepe Garay, es un muchacho que no asiste á Juntas generales. Su intervención, aunque escasa, es sólo en las sesiones científicas. Prefiere las Secciones, aunque alguna vez habló en el Salón grande.

Déjese ver para el curso que viene, y tendremos verdadero gusto en aplaudirle; ya lo creo que se le aplaudirá.

Pepe vale.

Manuel Martínez Cuadrado

Natural de Garciaz (Cáceres).

Fué Secretario de la Sección tercera.

Presidente de la segunda.

Y en la actualidad *dicen* que preside la primera.

Presentó una memoria sobre el tema *El derecho de sufragio en la mujer*, que se discutió con inusitada animación. Estos son todos los méritos que constan en el Registro de académicos, suponiendo que sea mérito el haber nacido en Garciaz.

Cuando su buen amigo Davara se presentó Secretario de actas, quiso él seguir la misma suerte, siendo su compañero de Junta de Gobierno; pero se acordó tarde, estaba impresa la candidatura y en ella no existía su nombre. Sin embargo, alcanzó una buena votación, no mayoría, por razones que algún académico sabrá.

Tomó parte en varias discusiones científicas, haciendo gala de sus muchos conocimientos. Su temperamento, extremadamente nervioso, le hace precipitarse algún tanto cuando habla, y esto es un defecto que debe corregir.

Respecto á sus ideas políticas, creía yo que eran un tanto avanzadas. No sé si mi memoria me engaña, pero me parece recordar la teoría que sustentaba cuando consumió un turno en la Memoria

intitulada: *La libertad y la democracia, ¿son compatibles con la monarquía?*

Me he equivocado.

Ha hecho profesión de fe política afiliándose al partido conservador.

En Cáceres se encuentra siendo Diputado provincial.

Bueno; deseo de verdad verle pronto en el Congreso.

Es un chico que se lo merece, y cuenta con medios muy bastantes para ser Diputado á Cortes (1).

Ánimo y hasta ese día, si antes no quiere visitarnos en esta casa.

(1) Será un cunero perfectísimo.



Benito M. de Andrade

Otro académico jovencito, pero diferente de los demás, porque no se halla en *estado de merecer*; por eso en él se reúnen en amigable consorcio las impetuosidades del adolescente con la reflexión y madurez de juicio del hombre grave.

Andrade es de los que frecuentan la casa y toman parte en las discusiones; por cierto que habla bastante bien y piensa lo que dice, cosa por desgracia poco común.

¿Por qué se distingue Andrade?

Por lo retorcido y afilado de las guías de su bigote y por sus aficiones literario-artísticas, reconocidas por cuantos le conocen y próximas á ser públicas, por obra y gracia de un libro cercano á *ver la luz* y que ha de llamar poderosamente la atención...

Y si no al tiempo.



José Castillejo

Carta abierta al Licenciado Vidrieras
(Redacción del *Heraldo de Madrid*.)

Mi respetable colega en licencia: Por saber la amistad íntima é inquebrantable que á usted le une con el Sr. Castillejo, me atrevo, aún á guisa de causar su extrañeza y su enojo (ya que no tengo la honra de conocerle), á dirigirle á usted esta carta con unas cuantas quisicosas para el citado Sr. Castillejo. Tengo entendido, señor Licenciado, que el académico á quien me complazco en aludir, es un muchacho muy fino, muy inteligente y que vale bastante, usted lo sabrá seguramente, señor Vidrieras; y siendo eso así, es muy de sentir que su inseparable Castillejo no se *academice* un poco más... bien sé yo que la prensa, ¡ah, la prensa! es un verdadero sacerdocio; también *se me alcanza* que las múltiples ocupaciones del Sr. Castillejo, su mucho trabajo en los tribunales y su diaria labor periodística, no le dejarán muchas horas que dedicar á otras labores... pero aún así, óigame, señor Licenciado, y apúntele al Sr. Castillejo lo que sigue, y usted y él reconocerán que tengo razón.

Nuestra profesión, esa desdichada profesión de las leyes, anda muy mal, rematadamente mal; *los garbanzos*, en estos tiempos durísimos que atravesamos, al convertirse en verdaderas piedras preciosas por su rareza y escasez, han acabado con el poco compañerismo que había (si alguna vez existió ese

fenómeno)... ¡Es claro! la conquista del pan nos distrae á todos muchísimo... Ya sabe usted cómo está el Colegio, allí crece el jaramago que es un encanto, y por entre las losas asoma la hierba... alguna que otra lechuga y algún que otro cuco, frecuentan aquellas ruínas... Pues bien, señor; la Academia de Jurisprudencia es un lugar adecuado, estufa caldeada donde podían echarse unas semillitas de algo que para todos sería un casi sueño. A la Academia asiste una juventud llena de entusiasmos y pródiga en promesas, esa juventud ansiosa es materia apta para pensar en algo que el día de mañana fuera fecundo...

... Los zapateros... los respetables zapateros, seguramente tendrán su compañerismo, es casi seguro (hablo de memoria) que se auxilian y se defienden, es probable que corporativamente se defiendan... nosotros, los pobrecitos picapleitos, no nos ocupamos más que de las cosas de los demás, nunca de las propias... Figúrese usted que llegara un día en que hubiera en nuestra profesión un compañerismo probado; figúrese que así como tantas otras profesiones, tuviera la nuestra lugar donde reunirse, verse, lanzar cabos á la amistad, estudiar unidos tantas cosas dignas de estudio. ¿La Academia no le parece que puede ser algo muy fuerte, muy respetable, muy útil y muy provechoso?

Léale esta al Sr. Castillejo, vea de convencerle de estas cosas, pues él sería una brillante adquisición; dése usted, Sr. Vidrieras, por convencido y mande en todo á éste su afectísimo y seguro servidor y compañero,

L. DE A. P.

Alfredo Gómez de la Serna

Lo quiero, y sin embargo siento que la pluma corre por encima de la cuartilla deseando pegar... ¡maldita condición esta mía que se niega al *bombo*, aun en el caso de que el *bombo* sea justo!

¡Qué le vamos á hacer! ¡Con tal de que el filipino no se enfade!

Señor mío, es usted listo... pero ¡ah! la pereza. ¡Qué encanto comparable al de no hacer nada! ¡Qué deliciosa ocupación la del rentista!

Yo también, amigo Alfredo, soy de los aficionados á su *sport* favorito. Yo también como usted siento la emoción estética del descanso. Hay quien no hace nada, y *nada hace*; usted, verdad, cuando no hace nada, hace mucho; sabe usted darse cuenta del deleite, paladea como un *exquisito* la voluptuosidad de la enercia, y goza con aquel goce supremo que reservaba Jehová á sus gloriosos patriarcas, con aquel que reserva Dios para premio de las almas blancas de esos niños que mueren con el alma nívea y diáfana. ¡Qué supone el cielo de Mahoma, aun cuando toquen cien hurís de ojos de noche, y cien cabal'os de nariz movible y de finos remos!... Tanta morena llegará á cansar, tanto más, cuanto que acabarán por *martirizar* al feliz elegido... En cambio, la sombra oscura de una

siesta eterna, sin más actividades que las del reposo absoluto, ¡qué envidiable debe ser! ¡Quién estuviera en el Imbo!...

Usted, Laserna, tiene una positiva ventaja para poder no hacer, que con poca cosa se lo tiene todo hecho. ¿Que presenta usted una Memoria sobre la *disciplina relativa al palio*, y en esa Memoria, divinamente *endilgado*, se le ocurre á usted poner de azul y de verde á toda la congregación del Índice?... y que luego salta un alma gacela (hay almas tan tímidas como esos asustadizos animalitos de dulce mirar), y la gacela se espanta y tira hacia lo más *ultra del monte*... pues caballeros, no asustarse; retiro mi Memoria, y se acabó el *choteo* (como dicen en mi tierra...) al poco tiempo me presentaré con otra, relativa á que... pues á lo que ustedes quieran.

Y luego de escribirla muy bien, y leerla mejor, y hacer el resumen elocuentemente... Vamos, es que usted, amigo Alfredo, se parece á aquella olorosa flor de su Filipinitas... la sampaguita *que todo lo quita*.

Memorias á César, y *dígamele* que no tenga cuidado de los Casios y los Brutos... si llegaran á asesinarnoslo, lo vengaríamos; ¡vaya si lo vengaríamos!



Javier Gómez de la Serna

Aquí ya no puedo tomar la cosa como lo hice con el *menor*. Santiago el mayor, es un pez gordo; pertenece á los grandes. No por la edad, porque apenas si *frisa* en treinta y cinco, pero... ha sabido llegar prematuramente.

Inteligente, muy estudioso, con *almacén jurídico* abierto, no como tantos que comisionan con el derecho llevando una porción de *muestras*, pero sin una perra suya, verdaderos *comisionistas* que *flirtean* en la Biblioteca, y que en un momento desfloran el volumen más *honorable*... violadores científicos, abejas jurídicas, comedoras de mieles ajenas... No sigo... porque estoy diciendo verdades, y *eso*, en estos tiempos, sólo acarrea disgustos.

Vuelvo al señor la Serna, para decirle pocas cosas pero con relativa importancia... usted señor, es una realidad. Mariposa que abandonó el capullo. Usted vale en fin.

Usted debe hacer más vida académica; repetir su intervención en los debates científicos. Probar que no es usted *criollo* en lo relativo al descanso. Ambicionar (es muy natural), cosas que en la Academia existen para los buenos.

Elevarse... subir... llegar al cielo.

¡Ah! Cuente usted con los *gorriones*; nos están haciendo falta campeones, y usted es uno de esos... ¿Se acepta? Sí... pues *Eureka*; ya hay uno más... y *grande*.

Mamerto de Sosa

¡Buen muchacho este que siluetamos!

Listo, modesto, trabajador, sin ambiciones ni cosa que lo parezcan, D. Mamerto es de los que son apreciados y queridos en la casa, á pesar de los pesares.

Un regenerador de tomo y lomo, que es capaz de volver del revés todo lo revolvable, con tal de llegar á la meta.

Firmador de votos de censura sin miedo á lo que resulte, enamorado de un porvenir glorioso y anti-gedeónico, Sosa es un soldado que ha de formar en las filas de aquellos que quieren luchar y lograrán vencer, sin reclamar para sí puestos ni *engorros* de ningún género... En último caso, luchar por luchar, ¿verdad, amigo Sosa?

Para la casa.



José Romero Arana

Otro *chico*. Inquieto siempre, murmurador y aficionadísimo á las conjuras. Inseparable de Muñoz de Torroba y amigo de oler allí donde se guisa, no por comer, no señor, sino por reventar el guisado.

No estima el laurel, si alguno consigue creo que se lo ofrecerá á su cocinera para que lo emplee en el estofado.

Regenerador también; con él se cuenta para las *labores del porvenir*, y no es de los que estorbarán, porque Romero tiene un apellido que obliga, y además él está contento con tal de que haya jaleo.

¿Verdad, simpático?



Rafael Suardíaz

Muchas veces sucede que las apariencias engañan, y es cosa que se repite frecuentemente el caso de Suardíaz.

Aquél que amante de la obscuridad huye de la exhibición por temor á que la luz haga resaltar su persona, temeroso de que el concepto modesto que se tiene del propio valer, llegue á ser opinión general... ese vale.

Eso puede decirse de este *chico*. Él se tiene miedo á sí mismo, y no sabe que muchos de los que chillan y se *importantizan* á fuerza de *habilidades*, no valen lo que el amigo Suardíaz... Por más que usted crea otra cosa, yo le sostengo, amigo mío, que la cigarra y el grillo quisieran parecerse á la mariposa... y, sin embargo, el grillo y la cigarra meten muchísimo ruido...



Fernando Muñoz de Torroba

De los *chicos*... pero crecerá. Bueno y leal como amigo, peligroso como enemigo.

Trabajador cuando no hace nada, y vago como él solo cuando trabaja. Aten ustedes esa mosca por el rabo.

Pertenece al grupo redentorista, y es de los que firman un voto de censura con la tranquilidad del que se bebe un vaso de agua.

Sin ambiciones ni deseos de empujar; el chico está satisfecho conque le dejen en su observatorio (la ventana del salón de retratos) mirar volcánicamente á los balcones de enfrente. Porque lo que dice él, con muchísima gracia, cuando se le quiere *enredar* en alguna cuestión: — Señores, está bien, cuenten conmigo; pero hagan el favor de quitarse de la ventana...



Máximo Arredondo y F. Sanjurjo

Fuera de la casa es Fiscal municipal, y cuantos industriales defraudan al público le temen más que á un ciclón... dentro de ella es un académico de los que valen, y cuantos hacen una cita histórica le temen más que á un bólido, porque es de los que se saben de corrido y sin más tropezones que los que su no muy expedita lengua le hace dar; toda la genealogía de los reyes antiguos y modernos y la totalidad del argumento de la Historia, *con los versos y cantares que tiene la obra.*

El Sr. Arredondo ha estudiado y estudia mucho pero, según dicen por ahí, tan pronto dedica su actividad á las ciencias jurídicas, como á las ciencias médicas, como á las taurinas, porque, eso sí, como aficionado á toros no sólo es de los de primera, sino de los que más alborotan.

Aunque va mucho con Bravo y Goyena, de quien es íntimo amigo, no se ha dado el caso de que éste, á pesar de su costumbre de cambiar equivocadamente los sombreros, se haya puesto el de Arredondo. ¿Y por qué? Pues porque tiene una cabeza que ni la de un apóstol. Por fortuna para él, la tiene llena.

Ignacio Martínez de Campos

Pertenece á una familia acostumbrada al éxito. Nadie me negará que llamarse Martínez Campos, no es llamarse González; podía este simpático académico adelantar mucho por aquello de que hay apellidos que empujan. Mas no es así. Este académico trabaja muy poco, y es lástima porque todos estamos convencidos de que el día que él quiera *ganará la batalla*.

Con usted se cuenta, amigo mío, para el día de la lucha; el triunfo es deudo de su sangre, y á nosotros nos hace falta vencer.



Sebastián Carrasco

Es uno de los académicos más estimables y estimados, porque su persona es de las que singulariza una simpatía nada vulgar.

Trabajador, estudioso é inteligente. Sebastián Carrasco tiene conquistado un puesto merecidísimo en la Junta de Gobierno por sus especiales dotes y condiciones.

Modesto, amigo de la obscuridad y del poco bullir, es de los que ha sido necesario llevar á la Junta, porque él por sí solo no hubiera hecho nada por acercarse á ella.

Carrasco quiere á la Academia como pocos, y la Academia se lo agradece estimándolo á él en todo lo que se merece.

Fuera de la Academia, ha demostrado su valer conquistando á pulso un puesto brillante, después de probar en unas durísimas oposiciones que no es manco de ninguna mano.

Dicen que monta muy mal... pero eso no es cosa de monta, todo el mundo tiene sus debilidades.

Mientras le dé por ahí, menos mal... lo sensible sería verle abandonar la máquina de carne por la de acero.

Por Dios, D. Sebastián, huya usted de la bicicleta como del mismísimo demonio, ¡desgraciado aquel que pedalea una vez tan sólo! Dicen que no hay medio humano de volverle á la sana razón.

Gabriel Usera

La finura misma. La quinta esencia del *Perfecto complacedor*.

Él es capaz de cualquier cosa, con tal de no disgustar á los tirios, y á la vez es capaz de rodar de coronilla con tal de que no se amosquen los troyanos.

Todo lo averigua, todo lo sabe, está en todos los resortes y en todos los respaldos de todas las cosas.

Buen amigo, buen abogado, buen padre de familia... ¿Buen trucha? — No, hombre, eso no. ¿Y buen tresillista? — Eso tampoco; ahí lo que se le puede decir es que es un buen chambón. Para jugar Usera, ha de tener el as, la mala, el basto y seis triunfos de rey, etc.

Muy calladito y muy reservado, es de los que no piensan más que una sola cosa, que se convierte en él en verdadera chifladura. Ahora le da por las oposiciones á la carrera consular, y se le ve afanoso por verse de *vice*.

Está en todos los misterios del escalafón, y yo creo que ha hecho un detenido estudio de la constitución fisiológica de todo el *Cuerpo consular*.

Diga usted, amigo Usera: ¿Qué tal apetito tiene el vicecónsul español en Tampa? Me han dicho que padece una gastralgia flatulenta que no le permite hacer una sola digestión.

¿Es cierto Usera que el día de San José el excelentísimo señor Ministro de Estado pidió el escalafón, y que después de pedirlo se rascó misteriosamente la nariz?...

¿Hay algo de cierto en esa noticia?

—¿Por qué se rascaría la nariz el excelentísimo señor?



José Martínez Acacio

Alegre, decidor, ingenioso, travieso, cascarrias.

Esos cuatro adjetivos están en su sitio tratándose del simpático Pepe (como le llaman sus amigos.)

Cualquiera que lo vea bromear, bullir, hacer chistes y *elecciones*, creerá que D. José sirve sólo para eso. ¡Pues no señor! D. José es algo más. Mucho más. Es estudioso... pero por especial *manera* le *jorobz* que se sepa.

Es listo... esto él no se preocupa por hacerlo saber, cuando llega la ocasión lo demuestra y Santas Pascuas.

Enamorado de su profesión y abogado por temperamento, su ideal es un buen bufete, á él se le importan poco todas las coronas y laureles de este mundo; á lo que va es á hacerse un buen bufete, y cuantos lo *estudian* saben que se saldrá con la suya, porque posee todas las cualidades necesarias para hacer la felicidad de un Procurador.

En la Academia, se le ha visto siempre ir al grano, como él dice... y el grano es el Civil, ó el Penal, ó los Procedimientos.

Presidente de Sección, respetado y querido por sus *subordinados*, jamás se enfada ni se impone; cuando la cosa toma mal caríz, se pone serio y re-

suelve sin apelación, porque resuelve con la razón, con el compañerismo y con el ingenio.

Ahora dicen que será de la Junta de Gobierno, ¡Dios lo haga! D. José es de los que desde allí harán mucho y muy bueno por la Academia. (1)

Un favor y concluyo. Si alguna vez me presento para algo y á usted no le place mi candidatura, ¡se lo advierto, D. Pepito, á mí no me preside usted la elección!

¿Se entera usted?

(1) ¡Como que pertenece á la *Reforma!*



Pedro Calderón y Ceruelo

Ó lo que es lo mismo, el Tesorero de la Academia.

Nuestro ministro de hacienda.

El tenedor de nuestro *tesoro*.

Eso es D. Pedro Calderón y Ceruelo.

Pero no, decimos mal, es más, mucho más que eso, porque el amigo Calderón es un muchacho simpático, afable y está siempre dispuesto á complacer en lo posible á cuantos á él se acercan.

Su mirada, sus gestos, su lenguaje y sus ademanes, todo en él es expresivo de la sencillez y bondad de su carácter.

Calderón no es de los que más han trabajado en la docta casa, sin embargo, es muy conocido y estimado, como lo probó la nutridísima votación que obtuvo antes de ser proclamado académico-profesor, y en virtud de la cual ingresó en esa clase distinguida.

Ahora tal vez resultará reelegido, á pesar de lo que opina un joven académico que se mueve mucho y que habla y acciona también mucho.

¡Cosas de... la Academia!

Julio González Avila

El joven que aspire á ser *inmortal* como jurisprudente, jurisperito ó jurisconsulto, venga á Nos en la Academia, y pregunte por Julio González, Subjefe de la Secretaría, en ella le hallará, y correcta y bondadosamente será preguntado por nuestro *attaché*.

¿Ha aprobado usted el primero de civil?

...Sí, pues si tiene usted el Derecho civil, *qui sunt cives sunt academicie*.

Después, si el neófito sólo quiere tratar con los libros de nuestra biblioteca á falta de *catálogo*, tendrá constantemente que utilizar á Julio, *casi siempre con éxito*.

Si tentado de la concupiscencia de la fama quiere alternar con el elemento militante de la casa, la simpatía por Julio aumentará, y forzosamente habrá de ser su amigo y de un modo permanente ó accidental engrosar el bullicioso grupo de la Secretaría, formado allí, y no en otra parte, (á despecho de los estudiosos de la vecina Biblioteca), porque allí, aparte de los *secretos archivados de la casa*, están con Julio *vivas* sus tradiciones, (desde el año 64 á hoy) y allí en Julio se depositan las venideras con la labor depurativa de un *criticismo* (exagerado quizás), ejercitado continuamente por cuanto vale y no vale en la Academia.

Curtido entre *despellejadores*, sólo siendo de buen entendimiento como es Julio, puede *convivirse* (que diría Castelar) con los tirios y troyanos académicos, ser fonógrafo discreto de opiniones y noticias para los Secretarios, sin que se entibie una amistad ni amengüe una simpatía.

¿Y quién que esto lea, y aún mejor, quién que conozca á Julio le negará las dotes de un gran diplomático? Algunos le conocen por Metternich; yo le tengo por muy superior al castellano de Mos, al Duque de Tetuán, y desde luego que á Dupuy de Lome... Si los caprichos del destino no lo hubieran querido de otro modo, ¿quién negará que hubiese sido una de las primeras figuras del mencionado cuerpo *coreográfico*?

Pero... volvamos á la Secretaría; vea Julio como no siempre debe rendirse culto al *Dios Exito*, muchas, muchísimas veces injusto... volvamos á la Secretaría y hablemos de Urquiola... el elocuentísimo, el intencionado, el de mirada penetrante como templadísimo acero, capaz de cruzarse con todas las florentinas dagas habidas y por haber... Hablemos del mayor entusiasta de la Academia, del insustituible y *en verdad no sustituido* Rolland, nuestro Necker, y hagamos votos porque vuelva á ser lo que fué para la Corporación (que no es incompatible con su deseo de que le canonicen...) ¡Qué bien si sucediese! Hablemos de aquellas discusiones de la Academia de la calle de la Montera; ¿verdad que todo tiempo pasado fué mejor?...

De vez en cuando penetra en Secretaría uno de los antiguos, de esos de la calle de la Montera, venido ahora de allá, de su juzgado, registro ó nota-

ría, cima en que se trocaron sus juveniles ansias de gloria y fama... y entra allí á remozarse y á dar un abrazo al Julio de ayer, de hoy y de mañana... y recuerdan tiempos pasados; como haremos muchos de los aquí reunidos en estas semblanzas... y es que Julio es el vínculo más simpático de la Academia con los académicos y de los académicos entre sí, ¿qué tiene de extraño que esta semblanza en que ni se le llama *narigudo*, ni se habla de cierto aspecto peregrino de Julio, parezca de amigo? No importa, después de todo, alguna vez ha de dejar de ser la hora de la muerte, la única hora de las alabanzas.

J. U. S.



- Pidal y Mon, Alejandro
- Dagas, Juan
- García, Juan
- Pons, Adolfo
- Díaz Fernández, Valero
- Goicoechea, Antonio
- Vélez Ayuso, Tomás
- Benítez de Lugo, Felix
- Anel y Antía, Federico
- Serrano y Carmona, Juan José
- Crespi de Valldaura, Esteban
- Zumárraga, Carlos
- Rolland, Guillermo Benito
- Spotorno, Ricardo
- Villaisoto, Luis
- García Acuña, José
- Alonso Delgado, Julio
- Martín Hernández, Miguel
- Davara, César
- García de Celis, Manuel
- Marañón, Manuel
- Bravo y Goyena, José
- Díaz Tendero, Sandalio
- Ossorio y Gallardo, Angel
- Maluquer y Salvador, Miguel
- Llanos y Torriglia, Felix
- Alonso de Villapadierna, Santiago

- Luna López, Pedro
- Antón
- Gándara, Eliseo de la
- Garrán y Moso, Justo
- Canido, Senén
- Figueras, José
- González Rotthwos,
- Gómez del Campillo,
- Bernard, Justino
- Cuartero
- Cadalso, Fernando
- Tellez de Girón, Luis
- López González, Federico
- López de Goicoechea, José
- Villar y Peralta, Luis
- Ondarza, Manuel María de
- + Pérez Sanmillán, Alberto
- Garay y Rowart, José
- Martínez Cuadrado, Manuel
- Andrade, Benito M. de
- Castillejo, José
- Gómez de la Serna, Alfredo
- Gómez de la Serna, Javier
- Sosa, Mamerto de
- Romero Arana, José
- Suardiaz, Rafael
- Muñoz de Torroba, Fernando
- Arredondo y F. Sanjurjo, Máximo
- Martínez de Campos, Ignacio
- Carrasco, Sebastián
- Usera, Gabriel
- Martínez Acacio, José
- Calderón y Ceruelo, Pedro
- González Avila, Julio

ARH